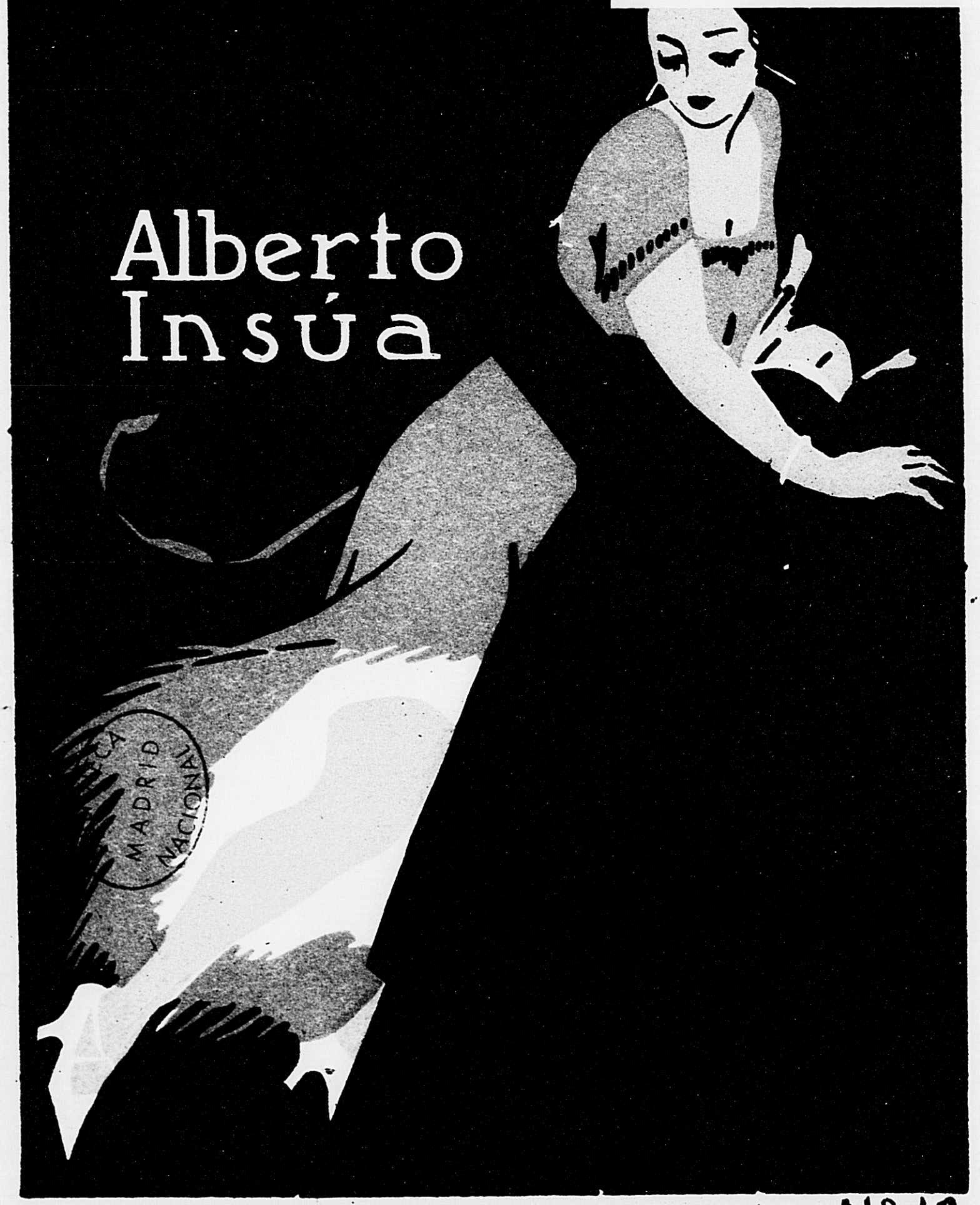
1
233442

FELICI

Alberto Insúa



MADRID NACIONAL

Nº 12.

1

233442

47/1157425

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año I. Madrid, 15 de septiembre de 1924 Núm. 12.

FELICIDAD

POR

ALBERTO INSÚA

Ilustraciones de VÁZQUEZ CALLEJA

UNA PESETA

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.

1924

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I *La Virgen Desnuda.*
II *Desamor.*
III *De Pecado en Pecado.*
IV *El Pozo de las Pasiones.*
V *La Bien Pagada.*
VI *Emocionario.*
VII *La Sin Ventura.*
VIII *El Divino Pecado.*
IX *Con el pie en el Corazón.*
X *San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI *Hombre de Amor.*
XII *Un Hombre Extraño*
XIII *En Carne Viva.*
XIV *Una cualquiera.*
XV *Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV. *Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI *El Jefe Político.*
XXVII *... A Besos y a Muerte.*
XXVIII *Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS
DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

R. 3221852

I

El primero en decidirse fué el conde de los Milanos. Por Milanos o Milanitos le conocía todo Madrid. Frisaba ya con los cincuenta. Era cetrino y nervioso. Le gustaban las mujeres rollizas, de formas redondeadas y desbordantes. Por eso se llevó a Lolón, que pesaba, desnuda y en ayunas, noventa y cinco kilos. Por lo general, Lolón era solicitada por los clientes más jóvenes de la casa. Su especialidad eran los "estrenos". Tenía fama de enseñar pronto y bien. Claro está que Presenta, la dignísima directora de aquel instituto, vió con muy buenos ojos que Milanos—que ponía cátedra en la materia—se llevara a Lolón.

Aunque los visitantes de aquella noche eran "de lo mejorcito"—como que consumían champán—, Presentación procuraba con la mayor diplomacia vencer las dudas, acortar los trámites y aligerar los manoseos y chirigotas que preceden a la conclusión del asunto... El asunto era que cada señor de aquéllos eligiese una de sus "niñas" para pasar la noche. Y que eligiesen pronto, porque ella quería acostarse y descansar de su labor cotidiana, no siempre fácil ni alegre. Ahora, por ejemplo, tenía en cama a la Emilia, tan dispuesta, tan retrechera. ¡Ah, seguramente la Emilia ya habría "camelado" a aquel señor "nuevo", que parecía triste y como traído a la fuerza por sus amigos! En fin: cuatro eran los señores, incluyendo al "triste". Cuatro también las niñas: Lolón, ya ocupada; Carmen, que Luis Sangüeso tenía sobre las rodillas; la Feli y la Rosa, que eran, o serían, para los otros dos. Presenta había hecho dar al sereno, por una de las criadas, la orden de "no abrirle a nadie



más". No hacía falta. No quedaba sitio. Pero el señor nuevo a lo mejor tomaba el tole y la obligaba a desdecirse. ¡Qué lástima! Porque el tal señor le parecía el mejor de los cuatro, el más serio. Y el más rico. Ya Paco Ladrada, al entrar, le había hecho una seña, advirtiéndoselo. Paco Ladrada no venía nunca solo, sino con un señor "como aquél", a quien se le doblaba la tarifa y el número de las botellas. Ladrada era un pillo, un pillo útil y simpático. Y eso que ahora estaba "colándose", porque no se había dado cuenta de que la única a quien había mirado "aquél señor" era la Feli, y en lugar de "hacer mutis" con la Rosa, todo se le volvía palpar a la Feli y ofrecerle champán. ¡Qué idiota! Le tiró de una manga. Y *sotto voce,* guiñando un ojo y estirando el labio:

—Que está por la Feli, hombre...

Ladrada comprendió. Casi instantáneamente se puso a bromear con la Rosa, que era pequeñita, morena, con unos ojos dulcísimos de antílope y... "muy dura". Poniéndola de pie, la pellizcó y palpó sus prominencias glúteas.

—Hay que ver... Se hace uno daño... Pareces de piedra, chica.

Con aquel juego se le había encendido a Paco la epidermis arrebolada de por sí.

Presenta supuso que iba a levantarse y a "ahuecar" con la Rosa... Pero, no. Ladrada era tan curioso como lascivo, y, sentando de nuevo a la niña, juntó champán y agua de Insalus en su copa e ingurgitó con lentitud la mezcla. Entre tanto, por encima del cristal miraba a su amigo y a la Feli. Y en un modo que tuvo de cerrar los ojos y de apretar los labios contra la copa, comprendió Presenta que le decía: "Es verdad, está por ella..." Cierto. La propia Feli trataba de explicarse las miradas misteriosas que aquel señor le dirigía: unas miradas suaves, envolventes y... honestas. Esto era lo más gracioso. La Feli no estaba acostumbrada a que la mirasen así: en silencio, con ternura, como si, en lugar de pupila de una casa de... esas,

fuera una persona decente. Y mostraba su asombro con ligeros mohines interrogantes y con sonrisas medrosamente irónicas. En realidad, cuando aquel señor la miraba, sus párpados se extendían hasta ocultar los ojos y la vergüenza—una vergüenza incomprensible y agradable: era como si volviera a ser niña—la hacía ponerse roja, tan roja como Paco Ladrada, que ya era decir...

De pronto, Luis Sangüeso, a quien la Carmen daba unos ósculos penetrantes y tal cual mordisquito en las orejas—que tenía muy grandes y separadas escandalosamente del cráneo—, se levantó, alzando consigo a la muchacha. Era hombre de musculatura hercúlea. Todos, menos el triste, celebraron la agilidad y fortaleza de Luis y el pudor fingido de Carmen. Esta se defendía, perneando. Se vió la sombra blanca de sus muslos. Encalabrinado, Paco se levantó a su vez.

—Vamos, tú...

La Rosa le dijo:

—¿A que no me llevas como Sangüeso?

—¡Qué he de llevarte! ¿Por quién me tomas? Yo no he sostenido nunca a ninguna mujer.

—Lo sabíamos, hombre... Pero lo contrario...

Presentación intervino:

—¡Eh, niña, niña; que eso es una insolencia y una calumnia! Don Paco es más caballero que el "Ci"... Conque ya le estás suplicando que te perdone...

Presentación guardaba celosamente las tradiciones de su casa: una de las mejores de Madrid, en su género. Allí las "niñas" habían de observar compostura en el salón y reservar sus encantos y ocurrencias para el tálamo. Presentación sabía decir tálamo y otras palabritas románticas. En su juventud, no muy remota (estaba todavía "presentable"), había tenido amores con un poeta, hoy académico, del que conservaba versos. Paco, que los conocía, se quedó mirándola con cierta sorna:

—Muchas gracias. Usted siempre tan ins-

pirada... Pero ¡quién fuera mujer, y p...!

Y pronunció las dos sílabas sonoramente. La Carmen se retorcía de risa. El ama protestó con un gesto púdico.

—¡Que todo un señor de su clase se exprese así!

El caballero triste rió a su vez. Paco volvió sobre sus pasos, le puso una mano en un hombro y le dijo:

—Esta Presentación es muy filosófica y tiene todavía "lo suyo"; pero ¿vas a despreciar a la Feli? ¿Te has fijado tú en esta chica? Vamos, no seas tonto... Ya que has venido...

El caballero separó de su espalda el brazo de Ladrada. Y suavemente:

—Claro que sí... Es muy simpática esta joven... Me gusta... Pero déjanos...

—Ahora mismo...

Y Ladrada, entre risas y contorsiones, empujando a la Rosa por la grupa, desapareció.

II

Hubo entonces en la sala—en aquella sala de prostíbulo frecuentada por señores "bien"—un silencio. Y el señor silencioso pareció respirar a gusto. Su faz se aclaró; la risa—originada por las "atrocidades" de Paco y los melindres del ama—no huyó de su boca sino para transformarse en una sonrisa de curiosidad discreta. Los ojos del caballero, azules, de párpado vibrátil y fulgor inteligente, pasaron en revista la sillería Luis XV—de un Luis XV sobredorado, recargado, convencional—, los cuadros, la pianola, la mesita de marquetería, "estilo árabe", en que estaban las copas y el cubo de hielo con la botella de champán, vacía y oscilante. Todo lo miró y todo lo vió. La seda de los muebles era de color cereza y estaba en algunos puntos carcomida, picoteada por el fuego de los cigarros. La alfombra, de

nudos, era magnífica. En cambio, las copias de Botticelli, Goya y Cabanel le parecieron horribles. Eran del mismo "pincel sacrílego". A la fuerza. ¡Qué Maja desnuda! ¡Qué Venus saliendo de la concha! Lo que mejor "hacía" en semejante sitio era el cromo de Cabanel. Presenta interpretó a su manera los guiños del señor silencioso.

—¿Está usted admirando mis cuadros? No hay casa como la mía en Madrid... En las alcobas también verá joyas artísticas de los grandes maestros... Rubens, Ticiano, "Bandi"... No son sino copias, es claro; pero hay que verlas... A cincuenta duros me ha venido a salir cada una, con el marco... ¡Mire usted que la Maja! ¡Qué blancura! (Parecía de yeso.)

—Preciosa—murmuró el señor.

—Pues, ya ve usted... Hay quien las critica, quien se echa a reír... La ignorancia. O la envidia... Porque hay de todo... Porque algunos vienen "mandaos" de otras casas a fisgonear y a desacreditar...

El caballero se levantó. Presenta hizo ademán de retenerle.

—¡Cómo! ¿Se va usted? Yo creía...

—Me voy a mirar de cerca estas joyas...

—¡Ah!

—Y si pudiese usted dejarme solo con la niña...

Presenta se irguió.

—No faltaba más... Con mucho gusto...

Y dirigiéndose a la Feli:

—Ya sabes, a la alcoba azul...

Fuese lentamente, volviéndose desde la puerta para hacerle a la Feli un gesto que significaba: "¡Anda con él!"

Y salió.

La Feli no podía obedecerla. Aquel señor, que no era como los demás, la intimidaba. No lo había visto nunca, no sabía su nombre y sentíase ante él cohibida y contenta. Le tenía miedo y... le gustaba. Y eso que ya no era joven. ¡Bah! Sólo al pasar de los treinta los hombres empezaban a ser finos y a soltar "la pasta". Además, aquel señor no era

viejo. Tenía el pelo gris, únicamente... Lo demás... ¡Ya querrían muchos! No podía ser de la calaña de los otros: golfos rematados, señoritos libertinos que la daban asco. Ladrada tenía la fea costumbre de ponerse en pelota y parecía un bebé de celuloide, un "quiriqui"... Milanos exigía que le pegasen... ¡Todo un señor marqués!... Y Sangüeso pinchaba con sus cerdas rubias. Pero Presenta exigía que los respetasen... ¡Qué vida! Y para una vez que "la tocaba" un hombre que parecía bueno y que le era simpático, el hombre no acababa de decidirse; el hombre no hacía más que mirarla, mirarla, como si algo de ella—o más bien toda ella—le chocase, le recordase... ¿Qué?... ¿Quién?... Alguna otra... Sí. Eso era. Eso tenía que ser. Estaba acostumbrada a "los parecidos". Un muchacho muy guapo, Federico Bisbal, que había sido gobernador y todo, como que era yerno de un ex ministro, venía a verla de cuando en cuando. ¿Por qué? Porque le recordaba a la hermana menor de su mujer, a

su cuñadita. Líos y suciedades de los hombres...

—¿En qué piensas, chiquilla?

Era el silencioso, que empezaba a hablar. Irguió la cabeza. Y en una voz débil y avergonzada de la osadía de la frase que le salió "de dentro":

—En usted.

—¡Que amable!—susurró el caballero, sentándose a su lado—. ¿De manera que pensabas en mí?

—Sí, señor.

—Pues habrás pensado que estoy loco...

—¿Yo? ¡Jesús! Esa ofensa...

—Yo la merecería, por no haberte dicho antes que me gustas mucho; quiero decir que te encuentro muy guapa, muy simpática y muy graciosa... Pero, hija mía, hace muchos años, muchos, que yo no les digo esas cosas a las mujeres. Había perdido la costumbre.

—¿Es usted... casado?

—Sí. Casado... de los que no engañan a su mujer.

Ella tuvo un gesto de consternación delicioso. Sus cejas, naturalmente finas, vinieron a encontrarse sobre la nariz como dos pequeños reptiles excitados; la naricilla, recta y nerviosa, se contrajo, se redondeó, disminuyó, y la boca, que era grande, sensual, de encías sonrosadas y dentadura perfecta, hizo un puchero infantil. El señor no pudo contener la risa, una risa en que se mezclaban su vanidad de hombre y su ternura—su repentina e inexplicable ternura—por la muchacha. La cual, componiendo el semblante, investigó:

—¿Entonces?

—Entonces—titubeó él—ya veremos... Sí, mujer; probablemente, sí... Pero aun suponiendo que fuese no, tú nada perderías.

Ella renovó—aunque más débil—su enfurruñamiento. Y él no pudo más... Tomó a la Feli por las manos, la levantó y, con ademanes rápidos y justos, la hizo sentarse sobre sus rodillas.

—Por tu culpa seré un marido infiel.

Iba a besarla. Ella estiró la boca. A medio camino el caballero se detuvo, la miró otra vez y la besó en la frente. Ni aun siquiera en la frente, porque la Feli llevaba puesta una cinta azul alrededor del cráneo, sobre el pelo broncíneo, peinado en dos crenchas estiradísimas. Peinado que quizá no aprobaba el caballero, pues la Feli no tenía uno de esos rostros alongados a los que espiritualiza—es el tocado virginal, ideal—, sino una carita gordezuela y gatuna, de las que caben en un triángulo y tienen, en la redondez saliente de los pómulos, como dos montañas de imán para los besos.

Ella, por su parte, lo abrazó. El sintió demasiado cerca la presión de los senos de la muchacha, la blancura de sus brazos y su olor: olor de juventud, a pesar de la química superpuesta. La besó en la boca. Mas este beso, que ella pretendía ahondar y dilatar, él lo hizo rápido, interrumpiéndolo bruscamente. La Feli protestó, ofendida.

—Estoy sana. ¿Qué se figura usted?

—¡Qué tonta! No era por eso. Bien lo sabes...

—Es verdad. Vió de pronto a su mujer...

Y apelotonándose mimosa, despeinándolo con unos deditos ágiles:

—Lo que es tú... Lo que es tú no te vas sin engañarla.

El no quería confesarse vencido; pero se aproximaba la derrota. Habló, por diferirla, por dilatar acaso el pequeño misterio de aquella muchacha, que le recordaba a no sabía quién y que su espíritu—¿por qué líricas y confusas razones?—se negaba a considerar una hetaira madrileña de a diez duros.

Le preguntó:

—A todo esto, ¿cómo te llamas?

—Feli. ¡Como si no lo supiese!

—¿Te llamas Felisa?

—No.

—Entonces te llamarás Felicia.

—Tampoco.

—Pues sólo queda Felipa.

—¡Huy, Felipa! ¡Qué feo! Me llamo Feli... cidad.

—Lindo nombre. ¿Es el tuyo de veras?

—Y tan de veras. El de la fe de bautismo...

—Pues merecías que te cuadrase mejor. Porque no me digas que estar en una de estas casas es una felicidad.

Ella se puso grave.

—Es una desgracia, sí, señor. Sólo que las hay mayores... Y bueno, mira tú—dijo, envalentonada por la suavidad de las palabras y las miradas del caballero—: si tú vienes a la alcoba azul y dejas que yo te vuelva loco, pero loquito, ya verás... Porque es que me gustas un rato largo, para que lo sepas... Y que te deseo desde que te he visto... Yo seré feliz, y me caerá bien el nombre esta noche. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Braulio.

—¿Braulio... qué?

—Valdetorres.

—¡Qué lástima! No me gusta el nombre de Braulio. ¡Pero eso qué importa, si me gustas tú!

Y volvió a acariciarle el pelo y a besarlo

con unos besos rápidos y cálidos, que parecían diluirse sobre su piel electrizada. El se estremeció.

—¿Vamos?—dijo ella, saltando de sus rodillas.

—Si

Y la siguió impaciente, nervioso, emocionado, incapaz de resistir al encanto—y al peligro—de aquella mujer.

III

La alcoba tenía una cama dorada con dosel, dos mesas de noche también doradas, una *chaise-longue,* dos butaquitas tapizadas en seda azul turquesa y un biombo... Un gran biombo de cuatro bastidores, en papel tela de colores neutros, que ocultaba... no se sabía qué. Braulio Valdetorres supuso, más por intuición que por experiencia, que sería el lavabo y algún otro artefacto higiénico. La alcoba estaba empapelada de azul, tenía colgaduras azules y, sobre la cama, un edredón

azul. La luz eléctrica estaba encerrada en una a modo de pandereta azul. Todo era allí de un color glorioso. Más que aposento de prostíbulo, parecía aquella alcoba la de un matrimonio enamorado y... bastante cursi. Era demasiado azul. El marco del espejo de la chimenea había sido pintado con el mismo color angélico. Azul también era la alfombra. Azul lo era todo, desvaída y neblinosamente, por aquella luz que derramaba la "pandereta": luz que empalidecía las personas y las cosas, y era—pensó Braulio Valdetorres—una cómplice del deseo. Porque entrar la Feli en aquella alcoba y desaparecer la inexplicable inquietud que le había producido en la sala, fueron dos fenómenos simultáneos. Lo único que deseaba entonces era verla pronto a su lado, sobre la cama hospitalaria y... limpia. (La había examinado con rapidez.) Realmente, veinte duros por pasar la noche en aquella alcoba y con aquella mujer "no estaba caro", decíase don Braulio, desnudándose. Sin el olor, sin aquel olor a ta-

baco, a jabón y a perfumes fuertes; sin aquel olor irremediable, que le producía, siendo sutil, una sensación vergonzosa—como si cada hombre y cada mujer de los que allí "se echaban" dejasen su rastro y él alcanzara a verlos, gesticulantes y desnudos—, habría sido completa su felicidad...

Felicidad, la de carne y hueso, hablaba detrás del biombo:

—Ahora salgo, y podrás pasar tú... Aquí tienes de todo...

El había ido colocando sobre la *chaise-longue* sus prendas exteriores, los tirantes, la camisa, y, sentado en una butaquita, no terminaba de desnudarse. La situación era... terrible. Braulio Valdetorres iba a entrar por primera vez en su vida en el círculo del adulterio. No había engañado nunca a su mujer. Desde los veinticinco años, en que contrajo justas y amorosas nupcias con doña Matilde Aspe, hasta aquel momento histórico, en que contaba cuarenta y seis, con los meses, días y horas que no estaba entonces

para calcular, no sabía lo que era quitarse los calzoncillos fuera de casa... Pero no tuvo más remedio que decidirse. La Feli salía de detrás del biombo igual que las bailarinas y cupletistas de entre bastidores, con... otro traje. ¿Qué traje? Ninguno. Es decir: una camisita inverosímilmente pequeña, que le envolvía el talle y los muslos en una vaguedad de encajes, unas medias blancas y nada en la cabeza, sino el pelo ahuecado, rizoso, natural.

—No me mires—pidió, fingiendo con ambas manos y entre ambos muslos un ademán de pudicicia. De un salto penetró en la cama... Y de otro salto él, bastante mohino, se halló dentro del pequeño establecimiento hidroterápico que ocultaba el biombo. "¡Qué situación—pensaba—, qué vergüenza!... La chiquilla es encantadora; pero no está bien, a mis años y con mis ideas, este desliz... No lo está."

La Feli se impacientaba:

—¡Lo que tardas, hijo!



—Apaga la luz.

—No puedo... Como no quieras que me levante. La que puede encenderse y apagarse desde la cama es ésta... ¿Ves?

Y la Feli encendió y apagó varias veces una luz incolora, una luz estricta, que hizo cerrar los ojos a Valdetorres.

—¿Es un arco voltaico?

—Es que se ha roto la tulipa. Pero así me verás mejor.

Aparte el torso, Braulio—es decir, don Braulio Valdetorres y Lanuza, abogado de primerísima fila del Ilustre Colegio de Madrid, diputado, ex gobernador de Burgos y Valencia, ex subsecretario de Gracia y Justicia y esposo... todavía fiel... de doña Matilde Aspe—, estaba *in puris naturalibis,* y no se resignaba a ser visto "así" por la Feli, que estaba hecha a todo género de visiones por el estilo.

—Ya que no quieres apagar la luz, esconde la cabeza... Si no, no paso...

—¿Tienes algo de goma? ¿Qué es lo que

te falta? Porque un día vino aquí un señor y se quitó... una pierna, la peluca, un ojo...

—¡Esconde la cabeza!

—Ya está.

Salió de su escondite, receloso, amparada su desnudez por una toalla. Buscó la llave de la luz y... ¡chas! La alcoba quedó lóbrega: sus azules se volvieron negros. Complaciente, la Feli no encendía la otra luz, y guiaba a don Braulio con pequeñas voces:

—Por ahí... Por ahí... Cuidado no tropieces con la "cheslón"...

Y extendía un brazo rígido y difuso en la sombra.

Como él permaneciese un instante junto a la cama, no resolviéndose a entrar, ella lo atenazó, lo arrastró:

—¿Pero es que hasta a obscuras te doy miedo?

Iba a responderle negativamente; pero no pudo. La Feli le había puesto un candado dulcísimo en la boca. Además, lo tenía preso en sus brazos. El se dejaba conquistar

sin lucha, pero no sin que alma y cuerpo experimentasen el placer profundo de la renovación voluptuosa, la sorpresa de la caricia insólita, el sortilegio de una carne firme, tersa, fragante... y desconocida. Veinte años de matrimonio impecable engrandecían el encanto de la novedad. Sin querer, avergonzándose confusamente de ello, comparaba, ¡se atrevía a comparar!, a la Feli, una mísera cortesana, con doña Matilde Aspe, su consorte. Todo era distinto: la Feli dura, maciza; doña Matilde, fofa... La Feli, con la piel como seda suavísima, estirada sobre los músculos, y doña Matilde con el pellejo flácido y con frecuencia sembrado de sarpullido... La Feli golpeaba con sus dos senos como con dos pelotas; doña Matilde... ¡Ah! Hizo un esfuerzo por borrar del fondo de su conciencia la imagen de su mujer. Respetaba a doña Matilde y la había adorado, adorado... Y era la madre de sus dos hijos. Sí... Pero una nueva comparación se impuso: la Feli olía a joven—carne limpia, rosas estrujadas con-

tra la carne, aliento sano y fresco—, y doña Matilde—tenía ya cincuenta años: era más vieja que él—a senectud apresurada por ciertas dolencias: de su boca, fría, emanaba un olorcillo pútrido...

Entre tanto, la Feli dilataba las escaramuzas: sabía ser insinuante, envolvente. El roce ligero de sus manos rejuvenecía al marido de doña Matilde, que saboreaba la introducción a la caricia plena, mayor cuanto más lentamente solicitada, en un a modo de éxtasis o delicuescencia de los sentidos. Parecíale derretirse y ser todo de miel bajo los besos de la Feli, que eran entonces leves y cambiantes, y le daban la impresión de una lluvia que lo disolvía y lo renovaba; porque aquella dulcedumbre, aquel deliquio se acompañaban de un impulso viril, que habría sorprendido a doña Matilde y a él mismo lo tenía atónito y... contento.

La Feli, astuta guerrera, quiso atacar a fondo. Había una inversión de papeles que, de súbito, avergonzó a don Braulio.

—Espera—balbuceó.

Quería dirigir el combate. Y que éste fuera luminoso, alegre. Quería "detallar" la sensación, recrearse en "su pecado", gozar de aquella criatura cabalmente: con el tacto, con el olfato y con la vista... Buscó la llave de la luz eléctrica. Y la alcoba volvió a inundarse de azules: de azules que rodeaban el lecho como un mar. Bajo la luz cruda y directa de una lámpara de cien bujías, el lecho era un islote blanco. Su blancura y el refulgir de sus metales le hicieron parpadear, deslumbrado. La Feli le imitaba, riendo:

—¿Quieres que la tape? Con un pedazo de papel seda...

—No. Al contrario... Lo que deseo es verte.

—¿Así?

IV

Rápidamente se desprendió de la camisa y adoptó una postura académica, como si posase para un pintor. El se puso a mirarla de



abajo a arriba, por zonas corporales. Primero los pies, pálidos y pequeños; en seguida las piernas, perfectamente modeladas, algo cortas quizá... Luego se detuvo en el triángulo sombrío, en el hoyuelo umbilical y en la altura y las laderas del vientre, hasta escalar las montañitas redondas de los senos, de cúspides bermejas y vibrantes...

Todo aquel país humano se estremecía suavemente. Su inmovilidad era de las que presagian un terremoto. La Feli contenía la risa. Su faz revelaba, al mismo tiempo, satisfacción, como si la complaciera ser admirada y sentir en el amante de una noche la ternura del esposo con que había soñado y soñaba algunas veces aún... A medio cerrar los ojos y entreabierta la boca, seguía la evolución de la mirada de aquel hombre: la veía detenerse, desviarse, proseguir el camino que forzosamente la traería a tropezar con la suya y a fundirse en ella...

Esperó. Ya estaban los ojos de aquel hombre en su cuello, en su boca; ya iluminaban

sus mejillas como dos luciérnagas, cuando de pronto se ensombrecieron, quedando fijos y dilatados, mientras su semblante palidecía horriblemente, expresando asombro y dolor. Ella supuso que se volvía loco. Sintió miedo y... curiosidad. Lejos de esquivar aquella mirada, la sostuvo. El fué el primero en entornar los párpados y en moverse. Y lo hizo para cubrirla con las sábanas, hasta el cuello, con ademanes temblorosos y castos, y quedar sentado a alguna distancia de ella. Aun la miró fijamente, profundamente, pero con dulzura, con tristeza. Ella intentó hablar. No pudo. Habló él, al fin. Y le dijo:

—Perdóname si me equivoco, hija mía... ¿Cómo te llamas? Dime la verdad, la verdad...

Su voz era angustiosa, tenue.

—Ya lo sabe usted... Feli...—respondió ella.

—Felicidad, sí, desde luego; pero ¿tus apellidos?

—Ruiz. Yo me llamo, de veras, Felicidad Ruiz.

—Y ¿el otro?... ¿El otro?—insistió él estremeciéndose.

Ella se irguió súbitamente, desconfiada.

—¿A usted qué le importa? ¿Por qué me lo pregunta usted?

El la apaciguó con un gesto:

—No te enfades. No me lo digas. Te lo diré yo. Tu madre se llamaba Castora Regio.

Ella se incorporó con violencia; palideció, balbuceó:

—Sí. Y usted, ¿cómo lo sabe? ¿Conoció usted a mi madre?

—La conocí y... la quise.

—¿Que quiso usted a mi madre? Pero ¿cómo la quiso usted?

—Con toda mi alma.

—Porque mi madre fué buena...

—¿A quién se lo dices? Yo la conocí antes de su matrimonio. Me enamoré de ella a los diez y siete años. Ella tenía entonces veintidós...

—Y... ¿por qué no se casaron ustedes? Si se hubieran casado ustedes, yo sería hija de



usted, y mi madre no se habría muerto ni habría sido tan desgraciada...

Don Braulio exhaló un suspiro.

—¡La pobre!... ¡La pobre!... ¡Claro que si hubiese podido ser!... ¿Hace mucho que murió?

—Once años. Mi padre se volvió a casar. Mi padre...

La Feli se detuvo con una expresión de tristeza tan profunda, que don Braulio le dijo:

—No sigas; lo supongo todo. Tu desgracia proviene de haberte quedado huérfana siendo una niña. Una madrastra no es nunca una madre...

—¡Si usted supiera!... Pero háble me usted de ella. ¿Fueron ustedes novios?

—Sí.

La Feli sonrió, entre lágrimas.

—¡Qué gusto!... ¡Cuénteme, cuénteme!... ¡Yo la quería tanto!

—Tu abuelo materno, don Benito Regio, era cliente de mi padre... Mi padre era abo-

gado, como yo. Tu abuelo tuvo un pleito en el que podía perder su fortuna, que no era grande; pero, vamos... No sé si sabrás lo que era tu abuelo...

—Boticario.

—Tenía una botica en la calle de Segovia. Pero lo que de seguro no sabes es que tu abuelo tenía un vicio...

La Feli redondeó los ojos:

—¿Cuál?

—Jugaba. La pequeña fortuna que le salvó mi padre la perdió, enterita, al juego. Era un hombre honradísimo por lo demás... Tenía adoración por mi padre. Pero figúrate que era viudo y tenía... tenía... vamos..., ya lo supones...

—¿En su misma casa?

—En su misma casa. Era la cocinera...

—¡Qué lástima!

—Y mi madre, que era...—no sé cómo decírtelo—muy señora..., no aprobaba aquello. Le parecía mal, muy mal... Decía que tu

abuelo podía casarse, que ella sería la madrina...

—¿Y mi abuelo...?

—Se echaba a reír. Por nada del mundo se habría casado él con la Leocadia, que así se llamaba su... la... la cocinera, vamos... Por esta razón, ni mi madre ni mis hermanas, que eran dos y siguen siéndolo, Rafaela y Loreto, casadas y con muchos hijos, no visitaban a tu abuelo... El sí venía a casa, a comer y todo. Era como de la familia...

—Y mi madre, ¿vivía con la... cocinera?

—Hasta los diez y nueve años, por eso mismo estuvo en un colegio de monjas, de Carabanchel. Cuando salió, mis dos hermanas se habían casado, y mi madre, llevada de sus sentimientos, hizo que la tuya viniera a casa de... lectora. El reuma la tenía postrada en un sillón. Tu madre cosía o leía, acompañándola...

—Y usted, entonces, se enamoró...

—No... Más tarde... Yo estaba entonces interno en un colegio de jesuítas, y era muy

tímido... No me fijé en tu madre, como ya te dije, hasta los diez y ocho años... Antes, te juro que ni la veía... Yo fuí niño, completamente niño, hasta esa edad. No puedes hacerte una idea de mi inocencia. Yo creo que iba para santo. Mi ideal era parecerme a San Luis Gonzaga. Comencé la carrera, a los quince años, con los frailes de El Escorial. Al aprobar el tercer curso, mi padre opinó que no acababa de hacerme hombre, decidiendo, no sin algún disgusto de mi madre, que concluyera de licenciarme en la Universidad. Vine, pues, a casa y... ¿a qué entrar en detalles?

—¡Oh, sí!—rogó la Feli—. ¡Entre usted en detalles! Dígamelo todito...

—Vine a casa, y al mes justo empezaron a abrírseme los ojos... y vi a tu madre. Verla y enamorarme fué todo uno. Pero no te creas que me enamoré como un estudiante, como un señorito, persiguiéndola por los corredores de la casa y robándole besos... Me enamoré como de una reina. ¡La miraba con

un respeto! Y más que mirarla—¡y cuidado que era hermosa, y graciosa, y que sonreía de un modo, de un modo, así, parecido al tuyo en este momento!... ¡Oh, sonríe, sonríe, para parecerte a ella!—, más que mirarla me gustaba oirla... Oirla leer... A mí me daba igual que fuera un devocionario, una novela o un libro de versos. Todo me sonaba lo mismo, porque para mí lo importante era su voz... Bueno, y sus labios. Porque no puedes figurarte la delicadeza, la finura con que modulaba las palabras: era como si las dibujase, y también como si las tiñera con una sangre ligerita, color de rosa... ¡Las hacía vivir! También sus ojos, entornados, a medio cerrar, como tú los tienes ahora, me producían un placer inexplicable: un placer parecido al que deben experimentar los bienaventurados en la gloria, donde no hay deseos materiales, donde...

El caballero se detuvo, como si temiera haberse remontado con exceso y producirse en un lenguaje demasiado retórico para la



Feli. Pero la Feli le escuchaba arrobada y le comprendía perfectamente. Una sonrisa de gozo filial transformaba su rostro pintado, de cortesana en el de una niña. Ni fuerzas tuvo para rogarle que continuase. Pero él supo advertir su ansiedad. Y prosiguió en esta forma:

—Los hombres no acertamos nunca a querer a las mujeres sin desearlas. Sin embargo, yo quise a Castora durante algún tiempo como si ella y yo fuéramos dos almas sin envoltura física. Veía y admiraba sus encantos, pero del mismo modo que, más tarde, he admirado los de algunas figuras pintadas y los de algunas estatuas, sin la idea material de disfrutar de ellos, ¿comprendes?

—Sí—suspiró la Feli.

—Pero aquello no podía durar. Castora comprendió que yo la quería y... me quiso.

—¿Fueron ustedes novios? ¿Nada más que novios?—interrogó la Feli, ruborizándose.

—Nada más que novios. Los novios más formales que ha habido en el mundo.

—¿Ni siquiera se besaban ustedes?

—Ni siquiera. Es decir: una sola vez nos besamos, llorando... ¡Si nos hubieras visto!... Todo lo que te haya pasado en la vida no te daría idea de aquel dolor...

—¿Usted qué sabe?

Dos lágrimas corrían, lentas, por las mejillas de la Feli.

—Yo no quiero que te pongas triste. Yo no sé si tú sabes—no vayas a burlarte de mí—que yo creo en Dios profundamente. El, que está en todas partes, y con más razón en las casas malas que en las otras, que no son del todo buenas y a veces son peores; El me ha traído a ésta, porque tú estabas aquí. Me ha mandado que viniese. Yo seré tu amigo, tu defensor... Ya hablaremos. Ahora, escucha... Tu madre, en cuanto supo que yo la quería, me dijo: "Braulio, haces mal en quererme, y yo hago peor en imitarte. Te quiero y me quieres; muy bien. Pero ¿qué

importa que tú y yo nos queramos? ¿No comprendes que los otros y... "lo que pasa" nos impiden querernos?" Los otros, como ella decía, eran mis padres, era la sociedad. Mis padres, sobre todo mi madre, no habrían autorizado nunca la boda de un mozalbete de diez y ocho años con una mujer hecha y derecha, aunque sólo me llevaba cuatro..., y ya verás cómo yo estaba predestinado a casarme en esas condiciones, puesto que a los veinticinco me casé con una que me llevaba seis... Y tampoco habrían aprobado—y a ti te digo que, de ser más hombre, me habría rebelado contra esto—que un de Valdetorres y Lanuza se casara con la hija de un boticario amancebado y arruinado... ¿Qué tenía que ver la pobre Castora con las licencias y los vicios de su padre? Nada. Pero así va el mundo, hija mía. Y puedes creerme que si no hubiera sido por tu abuelo, por las cosas de tu abuelo, yo habría terminado por casarme con Castora, y tú serías mi hija, y ella no se habría muerto... ¡El Destino, el

furioso Destino! Cuando tu madre decía, poniéndose muy pálida: "Lo que pasa", mi angustia no me permitía hablar...

—Pero ¿qué pasaba? — inquirió la Feli anhelante.

—Que la situación de don Benito Riego era cada vez más apurada; que dos o tres veces no pudo hacer frente a unas letras, y, sin la ayuda de mi padre, le habrían embargado la botica; que, al fin, para saldar deudas de juego, la traspasó en malas condiciones, y... ¿a qué seguir? Fué la ruina total, pero no la deshonra... Tu abuelo era inteligente y simpático. Mis padres habían llegado a considerarlo de la familia. Yo estaba enterado de todo, porque ya entendía bastante de cuestiones jurídicas y mi padre tenía la costumbre de hablarme de sus asuntos. El de tu abuelo entraba en una fase privada: había que salvarlo. ¿Cómo? Mi padre obtuvo para él una plaza de farmacéutico en un hospital importante, pero no en Madrid,

en Barcelona, donde teníamos amistades y parientes...

—Y mi madre—interrumpió la Feli con tristeza—se fué a Barcelona... ¿Por qué no se quedó en Madrid? Usted hizo mal en permitir que se marchase...

—¿Yo, hija mía? ¿Quién era yo? Además, mi madre sospechaba, adivinaba... Tenía interés en aquel viaje.

—Pero la mía pudo decir: "No me marcho".

—No lo dijo. ¿Adónde habría ido? Tu abuelo había roto con su... cocinera, o, más bien, ella con él. La pobre Castora habría sido una hija desnaturalizada no acompañándolo...

—Es verdad.

—¡Lo que yo sufrí! ¡Lo que lloré a solas en mi alcoba durante meses! Tú no sabes... ¡Y nuestra despedida! Fué cuando nos besamos llorando, pero llorando de un modo que aquello fué contarle a todo el mundo que nos queríamos... Ella no me escribió nunca...



Siempre he supuesto que mi madre, a última hora, en la estación, debió pedirle que no lo hiciera, demostrándole que las diferencias de edad y las circunstancias hacían imposibles nuestros amores. No sé. Uno de los escribientes de mi padre me dió las señas de don Benito Regio en Barcelona, y yo comencé a escribirle a tu madre cartas y más cartas, describiéndole mi dolor, acusándola de frialdad, diciéndole que me bastaría una orden suya para huír de casa y marcharme con ella a cualquier punto de América, donde nos casaríamos.

—Y mamá sin responder... ¡Qué tonta!

—¡Qué buena!, debes decir, porque, como más tarde supe, cuando llegó la noticia de su matrimonio, que para mí fué una catástrofe, algo que me dejó alelado y me hizo guardar cama con unas fiebres...

—Eso se llamaba querer...

—Cuando llegó la noticia de su matrimonio, mi madre...—me parece verla con una carta de Castora en la mano: yo la devoraba

con los ojos y ella la convertía en un paquetito, para escondérsela en el seno—, pues mi madre dijo: "Castora es un modelo de hijas, un ejemplo de amor filial. Se ha casado por salvar a su padre." Yo no pregunté nada: no podía, ni quería... Ignorando el nombre del marido de Castora y las circunstancias de su matrimonio se me antojaba que la realidad era menos terrible, menos real, ¿comprendes? Para mí, la Castora, casada, no existía: era una invención de las gentes, un mal sueño, del que yo despertaba al quedarme solo... Mientras estuve enfermo "la veía"... Y aun después, durante varios años...

—¡Pero usted estuvo loco por mamá!

—Loco de amor. Pero no quiero engañarte: me curé. Al cumplir los veinte años tuve, no te rías...

—¡Yo reírme de usted!...

—Mi primera novia, mi primera...

—¿Querida?

—Justo. Una doncella de mi madre...

—Lo de siempre.

—Probar la carne y aficionarme a ella, fué todo uno... Hasta los veinte años había sido casto, pudoroso... Pero, bueno, a ti no te importará saber...

—Sí que me importa.

—Pues nada, hija, que entre los veinte y los veintiséis, época de mi matrimonio, la corrí como el que más...

—Hizo usted bien. ¿No veo yo aquí quienes empiezan a correrla a los catorce y no están todavía cansados a los sesenta? Porque aquí vienen de todas las edades...

—¿Quieres callar?—imploró el caballero—. Me parte el alma que estés en este sitio... Tú, su hija...

—¡Qué remedio!—suspiró la Feli—. Aquí, al fin, está una tranquila... Vale más que la calle y el cabaret...

Don Braulio, con ademán rápido y leve, le tapó la boca.

—No me cuentes nada. Quiero que sea como si hubieras nacido para mí esta noche.

Además, por algunas palabras sueltas he adivinado tu historia.

—A ver... Usted es medio santo y lo adivina todo.

V

—Tu madre, la pobre Castora, no fué feliz...

—Como que papá la pegaba... Le gustaba pegar...

Don Braulio palideció.

—Cállate. Lo que sé es que tú te quedaste huérfana a los diez años y que tu padre se volvió a casar. Y tu madrastra...

—¡No, no! ¿Ve cómo no adivina? Papá no era malo. Nada más que nervioso, muy nervioso, y le gustaba pegar. ¿Sabe usted que era médico? Pues le gustaba pegar, hacer sufrir, hacer llorar...

—Era un sádico.

—¿Qué ha dicho usted?

—Nada.

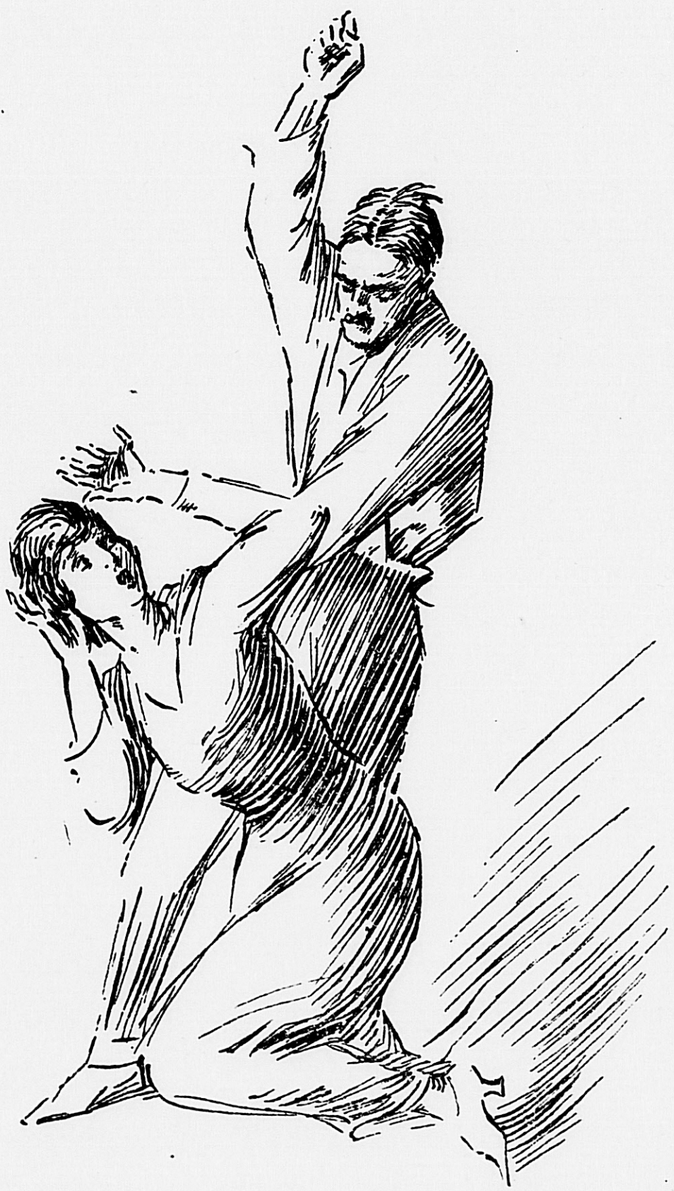
—Yo no sé lo que era, sino que también a mí y a mi hermana Angeles nos pegaba. Y que le teníamos un miedo, un miedo... Como que—¡Dios me perdone!—creo que nos alegramos cuando se mató...

—¡Ah! ¿Se mató?

—Sí—narró la Feli con indiferencia—; una noche la dió a mi madrastra tal pie de paliza que la dejó por muerta. Entonces, por miedo al presidio, fué y se encerró en su despacho... Mi hermana Angeles y yo dijimos: "Va a matarse." Y de pronto: "¡pam!" Nos pareció la cosa más natural del mundo. Claro que nos echamos de la cama gritando: "¡Socorro, socorro!" y "¡Papaíto, papaíto!", y que le llevamos luto y lo sentimos de veras, porque al fin era nuestro padre... Vivíamos con mucho lujo... Si usted nos hubiera visto... Porque papá ganaba dinero... Y mi madrastra, que era de París, sabía gastarlo...

—¿Y luego?—inquirió don Braulio, que era quien escuchaba ahora con ansiedad.

—Pues luego resultó que mi madrastra no



tenía más que un soponcio, y... nada..., que como nos quedamos pobres, porque, por lo visto, en casa nos lo echábamos todo encima y no había ni dos reales "guardaos", mi madrastra fué y se las apañó como pudo... Era francesa, rubia, alta, una de esas francesas con tricornio..., vamos, que parece que llevan tricornio y espuelas, y que son las que más gustan en Barcelona..., y ¿qué hizo? Pues puso, en un pisito muy majo, cerca de las Ramblas, un instituto de belleza... ¿Usted no ha estado nunca en un instituto de belleza?

—No.

—Pues bueno, yo no sé cómo serán los otros. En el de Madame Brillant, que fué como se puso mi madrastra, había unos masajes especiales para caballero...

La Feli se echó a reír. Don Braulio se puso rojo de vergüenza.

—No sigas.

—Bueno; pues en ese instituto debuté yo.

—¿Qué dices?

—Que fué donde... Primero, nada más que jugar... La bromita de los masajes. Por fin, un señor gordo...

—¡Calla, calla!—exigió don Braulio, indignado—. Es lo que yo decía... Tu madrastra, esa pécora, que probablemente arrastró a tu padre al suicidio, hizo de tu hermana y de ti dos... desgraciadas. Os prostituyó, para vivir de vosotras. ¡Qué infamia! Y decir que crímenes así quedan impunes... ¡Dios mío, Dios mío, hace falta otro diluvio! Mándalo...

—¡Ay, no—bromeó la Feli—, que nos ahogaríamos! Y yo no quiero ahogarme... A no ser que usted fabricara un arca para nosotros...

—Sí que la fabricaría—respondió él—. Pero dime, dime, ¿qué se ha hecho de ese vampiro, de esa bruja?

—Se murió.

—Dios la haya perdonado.

—La morfina... Y que empinaba el codo.

—¿Y tu hermana?

—Pues para que usted vea lo que son las

cosas... Después de "debutar" antes que yo, porque era mayor que yo, en el "instituto de belleza", aprendió el tango y todos los bailes de ahora y se hizo tanguista... Y va y la admiten, porque era monísima, en el Edén... Y un mallorquín, de esos que llevan naranjas y limones a Francia, va y se enamora de ella como un burro, lo que se dice como un burro, y... ¡na!..., que se casaron. En un sitio de Francia que se llama Cete...

—Cette—rectificó don Braulio.

—Pues ahí están, establecidos y con familia. Ya ve usted.

—¡Cuánto me alegro!—exclamó don Braulio—. Dentro de su desgracia, tu hermana ha tenido suerte. Ahora hace falta que la tengas tú.

—¿Cómo quiere usted que la tenga?

—Ya veremos.

—Aquí es donde mejor me encuentro. Estoy tranquila. Si alguno quiere marcharse sin pagar, ahí está el ama... Yo estoy harta de rodar... He sido camarera... También he

"trabajao" por mi cuenta... Aquí, cuando no se trabaja, está una como en un convento... Las otras y yo nos llevamos bien... Tenemos gramófono y pianola... De día dormimos lo que nos da la gana... Y el ama no escatima en la mesa. Eso no: quiere que estemos "gorditas", como ella dice. A Lolón es que la ceba, para que guste más... A mí me prohibe el arroz, las patatas y todo lo que hincha, para que no pase de los sesenta kilos. Es que está en todo. Yo llevo aquí seis meses y soy la que más se ocupa...

Don Braulio la dejaba hablar, absorto por alguna idea. Pero la última frase de la Feli lo estremeció.

—No sigas. Me hace daño escucharte... ¿No has comprendido aún? Yo no puedo permitir que tú permanezcas en esta casa.

—¿Qué dice usted?

La Feli se había incorporado y lo miraba con asombro. Sus brazos desnudos, más que ocultar los senos, desbordantes de la camisa, los apresaban como dos palomas: dos palo-



mas blancas e inermes, que don Braulio se guardó de acariciar.

—Cúbrete, Feli. Sería mejor que te levantaras y te pusieras algo.

—Pero si ya debe usted "sabérseme" de memoria.

—Lo he olvidado.

Así diciendo, apagó la luz. La Feli le sintió levantarse, andar sobre la alfombra.

—¿Qué hace usted?

—Voy a vestirme.

A tientas buscó el caballero su camisa, sus pantalones, su chaqueta.

—Tú, con que te cubras, basta. Yo dormiré en la *chaise-longue*. Debes de estar rendida, pero lo que tengo que decirte no admite espera. Se trata de tu porvenir, hija mía... Aguarda: no enciendas. ¡Si habláramos así! La obscuridad me da valor, porque borra esta alcoba, esta casa. Además, otra luz nos ilumina en este momento: la de Dios. El me ha traído a esta casa. El lo ha dispuesto todo para que yo rescatase a la hija de Castora...

Sí. Créelo... Cree en la Providencia, hija mía. Si mi mujer..., porque todo he de decírtelo..., hubiese estado en Madrid, yo no habría puesto los pies en esta casa. Pero mi mujer y mi hija Celia hace mes y medio que están en Málaga, con mi suegra, que ha caído enferma para morir y no se decide a hacerlo. Yo estoy solo en Madrid, porque mi hijo Eduardo está en Segovia, en la Academia.

—¿Tiene dos hijos?

—Sí, dos... Yo estoy solo en casa, con los criados. Mis asuntos no me permiten salir de Madrid, sino en casos graves y por poco tiempo. Estas noches me dió por cenar en el Casino, por ir al teatro y... por sentirme joven. Una cosa inexplicable... En fin, estos señores que han venido conmigo y que tú conoces...

—Ya lo creo...

—... Me embaucaron con sus bromas y consiguieron traerme. Tú reconocerás, como yo, que la Providencia se ha servido de San-

güeso, de Milanos y de Ladrada para que yo diese contigo. La Providencia, tú no lo sabes bien, es listísima, y cuando quiere algo... Ya ves, Matilde...

—¿Quién es Matilde?

—Mi esposa. Matilde se va y me deja solo; yo me aburro y me voy a cenar al Casino. Ciertos deseos me invaden y mis amigos me dicen: "Con echar una cana al aire, todo se arregla." Yo obedezco. Claro, ¿cómo no? La Providencia acababa de decretar que yo viniese a salvarte, a redimirte, a sacarte de aquí. Mañana, es decir, hoy mismo, te sacaré de aquí.

La Feli dió un salto en la cama.

—¿Hoy mismo? Imposible.

—¿Por qué imposible?

—Usted no sabe cómo son estas casas. Está una atada. No puede irse una sino pagando lo que debe.

—Yo pagaré hasta el último céntimo.

—Entonces, sí. ¿Y usted me saca para ponerme un piso?

—Naturalmente.

—¡Qué alegría! ¿Y usted será mi amigo?

—Como tú has pronunciado la palabra, no. Seré tu amigo cristianamente.

—¡Qué lástima!

—Por Dios, Feli, no seas loca. Fíjate en lo que dices. Yo no puedo ser el amante de la hija de la mujer que más he querido en el mundo. Aunque no te parecieras a tu madre, como te pareces, sobre todo cuando sonríes, basta con que yo sepa que eres su hija, la hija de Castora, para que seas sagrada para mí. ¿Te das cuenta?

—Sí que me la doy. Yo seré para usted lo que usted quiera, lo que usted mande.

—Pues hija, nada más que hija. Y ahora convendría que durmiésemos. Deben de ser las cinco de la mañana. No caviles. Cierra los ojos. Duerme, duerme...

—No tengo sueño. Siga usted hablando. Así, a obscuras, tenía usted razón, veo todito lo que me dice... Veo a mamá como era cuando fueron ustedes novios. ¡Hay que ver

qué novios! Sólo se dieron un beso y... llorando.

—Un beso así no se olvida. Es para siempre.

—Debe de ser verdad. Yo no sé. He dado tantos...

—Tú no has dado ninguno. Como aquél, ninguno.

—No; pero me queda tiempo. Si usted me cree incapaz de enamorarme...

—No; quiero que te enamores y que te cases...

—¡Huy!

—¿Por qué "huy"?

—Porque ¿quién quiere usted que se case con una gol...?

Don Braulio le cortó la palabra.

—No sabes lo que te dices. Te repito que voy a regenerarte, que vas a volver a nacer...

—¡Que te crees tú eso!

—¡Muchacha!

—Usted es buenísimo, usted es un santo

y yo le seguiré, sí, señor. Pero eso de que yo me case...

—¿No se casó tu hermana?

—No había rodado tanto. Además, por lo mismo. ¿Cómo quiere usted que a las dos nos ocurra la misma cosa?

—Ya veremos.

—Sí; hay hombres para todo. Si usted fuera rico, rico como Rochil, y dijera: "Yo voy a darle cien mil duros a la Feli pa que se case", sin ir más lejos, Ladrada se casaría conmigo. Y cien más. ¡Buenos están los hombres! Pero es que yo casarme con un tío así, ¡qué asco! Mi oficio lo que tiene de bueno es que cada hombre dura nada más que una hora o una noche. Porque, bueno es que usted lo sepa, yo odio a los hombres, les tengo una hincha, una hincha... No se moleste usted. Usted es distinto, usted es aparte... Si me gusta que usted me saque de aquí es... porque no veré hombres, porque no sentiré su aliento, ni sus pelos, ni sus babas, sobre

mi carne. ¡Qué alegría!... ¿Cómo será la casa?

—¿Qué casa?

—¡Anda! La que va usted a ponerme.

—Como tú quieras. Es decir, no muy grande. Porque para ti sola...

—¿Para mí sola? Cuidadito... Si usted no viene a verme todos los días, yo no me marcho.

—Siempre lo había pensado.

—Todos los días. Yo no pondré los pies en la calle. Mataré el tiempo bordando, porque sé bordar, y haciéndome las uñas... También me gustaría que me comprase usted un gramófono.

—Te lo compraré.

—Y un canario y un gato de Angora, blanco.

—También.

—Andese usted con ojo cuando el ama le dé mi cuenta. Por todo pone una barbaridad. Cinco duros los pares de medias de seis pe-

setas. Así nos tiene cogidas. Yo no sé lo que la debo, ni cómo va a tomar la cosa.

—No te apures.

—Es que usted no la conoce.

—Pero conozco el Código.

—¿Y usted dice que me va a sacar en seguida?

—En seguida.

—¿Y adónde va usted a llevarme? ¿Van a saberlo sus amigos?

—No. Te llevaré... Pues, mira: no lo sé aún. Pero a las ocho o las nueve saldré de aquí, y a eso de las doce volveré a buscarte. No toques a tu ropa ni digas nada hasta que yo vuelva...

—Muy bien.

—Y ahora, que lo hemos hablado todo, exijo que te duermas. Yo también querría dormir...

—Pero ¿va usted a quedarse en la *chaslón,* así, vestido? No sé qué me da... Debía usted echarse a mi lado. Ni siquiera me sentirá...

—Estoy aquí al pelo. Es un mueble comodísimo.

—Le voy a tirar su almohada. ¡Ahí va!

VI

La almohada saltó en la penumbra y vino, suavemente, a golpear el rostro del caballero. Estaba tibia. Olía a ella, a la Feli. "Me ha tirado la suya", pensó don Braulio, ruborizándose. Se acostó. Se estiró. Quería dormir. Necesitaba fuerzas. Pero el sueño no acudía. Una de las contras de la ventana, mal cerrada, iba trayendo a la alcoba con lentitud las claridades diurnas. Buscó a tientas su chaleco. Miró la hora: las seis. Volvió los ojos hacia la cama: la Feli dormía profundamente. Su postura y su respiración revelaban un sueño tranquilo, poblado acaso por alegorías risueñas. En cambio, él luchaba con la realidad, ese monstruo. Veía los riesgos de su aventura, de la cristianísima hazaña que



pensaba emprender, que había emprendido ya. ¡Redimir a la hija de Castora! Su corazón, de contextura mística, palpitaba impaciente, crecíase ante el peligro, como el de un cruzado. Dios le ayudaría a cumplir "su misión", su pequeña obra redentora. EL aplanaría todos los obstáculos. Porque iban a levantarse temerosos para su conciencia. Nada más que para su conciencia... El primero en aparecer era el de la mentira. No tenía más remedio que mentir, que envolver su obra en una atmósfera de mentira, para que no fracasase. Sangüeso, Ladrada y Milanos, por mucho que él hiciera, no tardarían en enterarse del "rapto" de la Feli, suponiendo, claro está, que su propósito era el de convertirla en su manceba, en su *pellex,* según la denominación que aplicaban los romanos—tan excelentes legisladores del amor ilícito—a la amiga del señor casado. Mintiendo, dejando creer a sus amigos—que propalarían por Madrid el estupendo caso—en su infidelidad y libertinaje subitáneos, la Feli sería respeta-

da. Porque, entre caballeros, la *pellex* inspira más respeto que la esposa: se sabe que un amante quiere y *cela* más que un marido. Nadie le censuraría. ¡Al contrario! Lo que asombraba a sus amigos íntimos era su castidad matrimonial, que los teólogos habrían podido presentar como un ejemplo de esta rarísima virtud, pues no sólo no había buscado nunca el deleite fuera de casa, sino que había sido morigerado y honesto en los propios placeres del connubio. Había ido a éste con bastante fatiga del amor venal. Había sentido, durante diez años, una suficiente simpatía corpórea por su mujer, que "había sido" muy hermosa... Este pretérito explicaba, en parte, la facilidad con que había cedido a los argumentos de sus amigos invitándole a un discreto libertinaje en ausencia de su esposa, y explicaba asimismo aquellas reminiscencias juveniles que, en raras ocasiones, recorrían su espíritu y su medula. ¡Se acordaba de las mujeres que había "conocido" entre el desastre de su pasión ingenua y su pasión

adulta y victoriosa! Diez, doce, quince... Pero combatía y dominaba estas emociones. Sí, Matilde, su mujer, le llevaba más de un lustro, y unido esto a los estragos de la maternidad —madre tres veces, una de ellas atrozmente dramática y estéril—, habíase encontrado con una mujer vieja, tal era la palabra, antes de tiempo. Los meses pasaban sin que Matilde y él... Y había de ser él quien insinuase el deseo legítimo, quien suscitase en ella alguna emoción voluptuosa. Matilde, próxima al crepúsculo de su vida, lejos de entrar, como algunas mujeres, en una etapa de vehemencias y arrebatos nínfeos, inclinábase a una situación matrimonial sin efusiones físicas, a un matrimonio en que los cuerpos cansados y agotados se allanasen al predominio del espíritu: del espíritu casto, del espíritu ansioso de pureza... ¡Muy bien! Pero él, Braulio Valdetorres, no había envejecido. El hubiera deseado prolongar la juventud de Matilde, y aun así, "tal como estaba", la habría deseado menos ascética, menos arrebatada en

sus prácticas religiosas. De católica comprensiva, habíase vuelto beata intransigente... Era... un dolor. Era uno de los casos en que "cualquier marido" recurría en busca de consuelo a la *mulier quaestuaria,* o se decidía a un adulterio metódico y excusable. Pero él no era un marido cualquiera, sino un marido católico, un marido ortodoxo, aunque hubiera estado a punto de dejar de serlo. Sólo a punto... Vigilante y magnánimo, el Señor le detenía en la linde misma del pecado, y donde él pensara hallar un efímero placer corpóreo, seguido de repugnancia y de remordimientos, el Señor le presentaba un país de misericordia, invitándole a penetrar en él. Penetraría valeroso. Pero los precipicios, las cumbres y los páramos del país que su alma ardida comenzaba a explorar, no podían ocultársele. Eran... los inconvenientes de la aventura. ¿Mentirle a sus amigos? Bien. Además, limitándose a no aclarar la forma en que sería "protector" de la Feli, su mentira entraba en el grupo de las verdades ambiguas o

de los engaños plausibles a los ojos de Dios, tan frecuentes en los personajes de la Biblia. Lo más grave, lo que más le dolía, en su corazón y su conciencia, era engañar a su cónyuge, abusar del predicamento que, a justo título y hasta entonces, gozaba en su casa de marido sin tacha y padre de familia cabal. ¿Hablar claro con Matilde, con doña Matilde, a su regreso de Málaga? La sola hipótesis afirmativa le daba frío en la espalda, obligándole a removerse en la *chaise-longue*. Doña Matilde propondría el reformatorio, la casa de arrepentidas, una de esas clínicas para las almas, donde se opera sin piedad, duramente, olvidando el sistema curativo de Cristo: la dulzura. No. Imposible. El no consentiría nunca que la hija de Castora entrase en una casa de corrección, donde—con un fin honesto, pero mal entendido — seguíase la misma regla social del meretricio. ¿Qué mejor sistema para salvar a la oveja enferma que el de aislarla? Por eso, decididamente, no recurriría a doña Matilde para cumplir su

misión. Misión misericordiosa por dondequiera que se la mirase. Dar de comer y de beber a la hambrienta de ternura y la sedienta de paz; enseñar a la que no sabía nada de nada, a la que, en lo más débil e inerme de la edad pueril, había sido como una bestezuela ciega arrojada a los hombres; consolar a la triste de dolores que no mereció y de vergüenzas que no eran suyas; enterrar, en fin, a la Feli que el monstruo de la lujuria había pisoteado y manchado, y hacer nacer otra: una Feli honrada, una Feli "decente", una Feli que un día pudiera casarse y... Don Braulio se quedó dormido entre las nubes áureas de su ensueño. Tan profundamente, que era poco menos de mediodía cuando unos grandes golpes en la puerta de la alcoba azul hicieron que la Feli y él se levantaran sobresaltados.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

Voces y carcajadas les respondieron:

—¡Abre!

—¡Somos nosotros!

—¡No eres tú nadie aprovechando!...

Eran Ladrada, Sangüeso y el marqués de Milanos. La Feli corrió al biombo y se puso una bata. Don Braulio no quiso abrir.

—Ahora salgo.

—Hace una hora que estamos en el comedor, desayunando—explicó Sangüeso—: café y churros calentitos. Venid, que apenas quedan.

—No—dijo Ladrada, entre risas—; a éste haremos que le preparen un sopicaldo y unas chuletas, para que se pueda tener en pie. ¡Vaya nochecita! Hipocritón.

La Feli iba a decirle una fresca. Don Braulio la detuvo:

—Déjalos, tonta. Más vale que lo crean así.

VII

Don Braulio Valdetorres y Lanuza poseía un automóvil excelente. Pero no era cosa de que viniera a buscarle a la puerta del pros-



tíbulo. Uno a uno, con pequeños intervalos, los cuatro señores salieron a la calle, ansiosos de llegar a sus hogares respectivos y de introducir sus carnes pecadoras en el agua, si no lustral, tibia y sedante de la bañera. Cada cual se escurrió como pudo de las cercanías del meretricio, y al entrar, por la del Barquillo o la de las Torres, en la de Alcalá, respiraron. Sangüeso y Ladrada coláronse en el Casino. Milanos, en Fornos. Y Valdetorres, a la altura de la Cibeles, hizo seña a un *taxi*.

El mediodía de abril, de finales de abril, era magnífico. Diafanidad. Dulzura. Un cielo azul: no de un azul sobado, múltiple y sacrílego como el de la alcoba lupanárica, sino de un azul impoluto y unánime que el espíritu recorría, explayándose. Entró don Braulio en su casa en un estado de optimismo célico y de inspiración gloriosa. Alguna inquietud había producido en la servidumbre la "ausencia" del señor. "Ausencia", fué la palabra que dijo Anselmo, el criado respetuoso.

—Un amigo y cliente moribundo—exclamó, rápido, don Braulio—. ¡Quiso que yo le redactara el testamento!

La mentira surtió su piadoso efecto. Ni siquiera se asombró don Braulio de la facilidad con que había salido de su boca. En su gabinete, sobre una mesita de taracea, le esperaban los periódicos y las cartas. Sólo un sobre podía producirle alguna inquietud: el de su mujer. Si doña Matilde le anunciaba una curación milagrosa o un desenlace fatal en la dolencia de su señora madre, suegra de él, ¡qué catástrofe! Tendría que prepararse a recibirla o tomar el tren para Málaga. Rasgó el sobre temblando. Nada. ¡Qué alivio! Su suegra, la buena, la afable, la simpática señora, seguía igual. "Por ahora—le decía doña Matilde—no puedo decirte ni remotamente la fecha en que volveré a Madrid." ¡Qué gusto! La habría besado por telégrafo. Decididamente, la mano del Señor andaba en todo aquello. Bien. Lo que hacía falta, por de pronto, era encontrar "un sitio"

para la Feli. ¿Dónde meterla? Imposible dar con un piso en unas cuantas horas y amueblarlo. ¿Amueblarlo? ¡Ni que no hubiera pisos amueblados en Madrid! Madrid, lo decían en el Casino, "se estaba poniendo como París". Ya había pisitos *meublés, garçonnières,* y algunas buenas casas de *rendez-vous.* Consultó don Braulio los periódicos de la mañana y anotó hasta ocho pisos amueblados en diferentes barrios de Madrid. Como él vivía en el de Salamanca, manifestó desde entonces su preferencia por uno de la calle de las Huertas y otro en la de Ferraz, junto al paseo de Rosales.

Don Braulio era un hombre metódico y reflexivo. Aquel asunto había que planearlo como un pleito. Nada de improvisaciones ni de sorpresas. Tras una refacción levísima, entró en su despacho para refrescar sus conocimientos jurídicos en "la materia". Hojeó códigos y colecciones. Nada se oponía a que la Feli, es decir, Felicidad Ruiz y Regio, abandonase por su expresa voluntad la casa de to-

lerancia y se granjeara, con una conducta honesta, el respeto social. Ya aceleraría él los trámites, en el negociado correspondiente del Gobierno civil, para que fuese borrado el nombre de la Feli del registro infamante en que constaban los de todas las fornicarías de la Corte. Más cuidado habría de tener consigo mismo. En el peor y más dramático de los casos no serían de temer persecuciones "por parte de doña Matilde"; pero ¡qué escándalo y qué vergüenza si llegaba a suponerlo adúltero! "La manceba fuera de casa..." Artículo 252 del Código penal. De quien podía esperarse una acusación, un anónimo, una especie cualquiera de *chantage,* era del ama del burdel. En fin, con astucia y algún dinero esperaba dejar rendida a la tarasca. ¿Algún dinero? Don Braulio puso en su cartera seis billetes de a mil. Por precaución.

Volvió a salir a la calle; despidió su automóvil en la plaza de las Salesas, y... recurrió de nuevo al *taxi.* ¡Qué útil el *auto* anónimo! Y ¡qué servicial!

—Huertas, número ***—ordenó al *chauffeur*.

No servía el piso de la calle de las Huertas. Demasiado grande, demasiado triste y frontero al de un abogadito fiscal. Repasó su lista. Quedaban siete. Uno allí cerca, detrás del *Palace*. Tampoco servía. Le abrió, amabilísima, una *cocotte* rubia y polisárcica, "como la madrastra de la Feli". Tímido, tuvo que visitar el cuarto. Escapóse al fin, entre náuseas. En la escalera consultó el reloj. ¡Las cuatro!

—¡A toda prisa, chófer! Ferraz, número...

Un cuarto monísimo, de cierta pequeña actriz en *tournée* por América.

—¿Cuánto?

—Cien duros—respondió la portera, encargada de alquilarlo.

—Tenga veinte para usted y... ¿quién firma el recibo?

—Yo misma.

El cuarto se puso a nombre de doña Feli-

cidad Ruiz, por tres meses. La portera, olfateando al señor rico, lo allanaba todo.

Una hora después hallábase el señor de Valdetorres y Lanuza tratando con doña Presentación Menéndez y Tomelloso—así dijo llamarse la proxeneta—el asunto de la Feli. Bien advirtió el caballero, por la moderación con que se produjo desde la primera frase, que la mujerona conocía su nombre. Sin la menor duda posible, Ladrada, que era el más lenguaraz de sus amigos, la había puesto en autos respecto de él. Más valía... Enterada de sus pretensiones, que manifestó en voz perfectamente varonil, Presentación no hizo sino lamentarse de que se le llevara a aquel pimpollo de la Feli, la mejor de sus niñas, agregando:

—De aquí han salido varias como la Feli, para tener *auto* y hasta título. Eso prueba mi buen gusto y lo escogido de mi personal...

Don Braulio la contuvo.

—Vamos a ver la cuenta. Ha de ser con todos los comprobantes...

—Ya lo creo. Tengo un tenedor de libros, como si dijéramos... Cada niña tiene su "debe" y su "haber", y no les compro lo más mínimo como no me firmen la factura.

—Muy bien.

La cuenta resultó menos crecida de lo que don Braulio esperaba. Tres mil pesetas y pico de deuda y unas ochocientas a favor de la Feli. En presencia de la interesada quedó hecho el saldo. El ama extendió el oportuno recibo, que don Braulio le dictaba con fórmula jurídica, mientras la Feli le decía con los ojos: "que nos engaña", y él, con ademán sutil, le respondía: "no importa".

Después fueron los adioses. Lolón dormía aún, cultivando con sus prolongados sueños su crasitud seductora, tan solicitada.

—No la despertéis—dijo el ama.

"La de Ladrada" y "la de Sangüeso", como designaba para sí don Braulio a la Carmen y a la Rosa, abrazaron y besaron a la Feli con efusión.

—Hija, para ti es el mundo.

—¿Quién sabe?

Este "quién sabe" insidioso lo pronunció la Rosa, la de Ladrada, la pequeñita y morena, la de los ojos dulcísimos de antílope, que se trocaron en los de un reptil al fijarse en don Braulio. ¿Por qué?... Estaban ya en el recibimiento y entre dos criadas bajaban el baúl de la Feli, cuando la Rosa vino a colgarse del cuello de ésta.

—No te vayas—le decía gimiendo, crispándose y torciéndose—, mira que no puedo vivir sin ti, que todos los hombres son iguales, que si te vas, me mato...

Ofuscadísimo, el señor de Valdetorres no sabía qué decir ni qué hacer. El ama agarró de un brazo a la Rosa con violencia.

—¡Canalla! Tú me las perviertes a todas. ¡Quita d'hay, so puerca!

La Carmen, irónica, sonreía. La Feli corrió escaleras abajo en cuanto pudo hacerlo. Don Braulio la siguió titubeante, apoyándose en el pasamanos, porque el rubor le aflojaba las piernas. La Feli había saltado al *taxi*. El



hizo lo mismo. Y al sentirse sobre los almohadones y ver cómo quedaba atrás la casa..., aquella casa..., suspiró. Tan afligidamente, que la Feli, tomándole con suavidad por uno de los brazos, le dijo:

—Pero ¿qué tiene usted? ¿Es por lo de esa loca?

—Sí, hija mía... Pensar que ni siquiera ese vicio...

—No haga usted caso... Es para consolarnos de los hombres. Además, no se crea usted que era yo. Era ella...

—Basta. No me expliques.

—Bueno, pero no se enfade.

—No estoy enfadado. Estoy triste.

—Pues tampoco triste. ¿No le he obedecido? No soy suya...

—Mía, no. De ti misma. Has dejado de ser esclava de la Bestia.

—¿Eso irá por el ama?

—Claro está.

Y don Braulio no pudo menos de sonreír. La Feli parecía muy contenta. Sin co-



lorete, con un vestido sastre marrón y un velito hasta las cejas, tenía un aire honesto y simpático. Y señoril. Porque, a pesar del velito, no podía comparársela con una modistilla o mecanógrafa. Don Braulio recordaba "la distinción natural de los modales de Castora", viéndola reproducida en su hija. Claro que delante de él adoptaba la Feli una actitud modosa. De todos modos, le complacía profundamente que un simple cambio de indumentaria y de tocado bastase para hacer olvidar lo que era, lo que había sido, rectificó.

—Y a todo esto, ¿adónde me lleva usted?

El *taxi* iba por la calle del Arenal. Don Braulio se había hecho muy al fondo, temeroso de ser visto.

—Vamos junto a Rosales. Ya verás.

Y le explicó detalladamente cómo era el cuarto. Ella sonreía y aplaudía... con los pies. Es decir, que manifestaba su júbilo haciendo chocar uno con otro sus zapatitos de ante, color marrón, como el vestido.

—¡Qué gusto! Una alcoba ¿cómo ha dicho usted?

—De majagua, una madera verde, de las Antillas, preciosa...

—¿Un comedorcito?

—Un comedorcito.

—Un gabinete... Bueno, ya me lo ha dicho usted. Estilo oriental. Eso quiere decir que tiene una cama turca con muchos almohadones... y un braserillo para quemar no sé qué cosas...

—Ya lo verás. Acaso no sea exactamente como tú dices.

—Y el cuarto de baño, ¿es grande? ¿Tiene ducha?

—Es pequeñín y no tiene ducha, pero se le pondrá.

El *taxi* pasó junto a la plaza de España. Los árboles, todavía muy jóvenes, estrenaban su vestidura primaveral: sus hojas, de un verde claro y brillante, atrajeron la atención de la Feli. Y con una sonrisa infantil:

—¡Qué encanto!—exclamó—. Parecen de papel de seda.

Aquella frase le produjo a don Braulio una emoción muy dulce. La Feli era sensible. La Feli... Pero ésta le hizo una nueva pregunta, y su definición psicológica quedó esbozada nada más.

—¿Quién va a servirnos?

Don Braulio separó las manos en un ademán de consternación.

—¡Pues es cierto! ¿Quién va a servirte? Tú necesitas una criada, una cocinera. ¡Con tantas cosas, me he olvidado de lo principal! ¿Quién va a prepararte la comida esta noche? Habrá que arreglarse con unos bocadillos y unos pasteles que podrían comprarse al paso. ¿No te parece?

—Sí, cualquier cosa; pero para los dos. Porque eso de que coma yo solita, y usted se vaya y me deje...

—Yo cenaré contigo, y nos separaremos tarde.

—Muy tarde.

—La portera, que parece muy servicial, podría comprar algo.

—¡Se me ocurre una idea!—exclamó la Feli—. ¿Si encargáramos la cena en algún restorán? ¿No dice usted que vamos a Rosales? Pues el *taxi* nos lleva en un vuelo al *Lutecia*... ¿No sabe usted?... Ahí, a la entrada de la Moncloa, donde había juego...

—¡Ah, sí!

—Y encarga usted cena para dos. Nos la sube un mozo y... ¡poco bien! Ande, dígaselo al chófer...

Don Braulio obedeció. La idea de la Feli le parecía excelente. El *taxi* dobló por detrás de la Cárcel y se detuvo a poco a la puerta del restorán. Don Braulio pidió "cena abundante" para dos personas, Rioja blanco y tinto y agua mineral. Al subir de nuevo al automóvil la Feli lo abrazó.

—¡Qué bueno eres! Digo, ¡qué bueno es usted!

Anochecía.

VIII

El encanto de la primera cena se renovó durante varias noches. Se renovó y se perfeccionó. La Feli había debido resignarse a comer sola, a vivir sola, a soñar sola, hasta que don Braulio aparecía en la casa. Como esto sucedía al atardecer, desde las cuatro ya estaba la Feli "aviándose" e impacientándose, si tardaba el mozo del *Lutecia* con el menú. Ella era la encargada de elegir los platos y de poner la mesa. Nada de criados. La portera se ocupaba por las mañanas de limpiar el piso. A eso de las dos subía para prepararle cualquier cosa a "la señorita" y hacer la cama. La Feli y don Braulio habían apreciado desde el primer momento las ventajas de la situación. No necesitaban testigos. Su vida era "más suya" cuanto más oculta. Nadie hubiese podido comprenderlos. Parecían padre e hija, y no lo eran. En ciertas ocasiones, por la ternura de sus mi-

radas recíprocas, parecían amantes, o marido y mujer enamorados, y tampoco lo eran.

¡Ah, no dejaba de ser curiosa aquella vida feliz! Porque la Feli era feliz. Y don Braulio también. Aquel pisito era, como decía don Braulio, "la casa de las Felicidades". Vivía en ella la Feli, Felicidad Ruiz, en carne y hueso, y otra Felicidad incorpórea, que estaba en todas partes y en ninguna, y que era el perfume y el sabor mismos de la casa.

La propia resignación de la Feli, al encontrarse sola, era un modo de felicidad adormecida, de paciencia fácil. Entre bañarse, vestirse y poner la mesa consumíanse las horas de su soledad. Si por excepción le sobraba tiempo—lo que ocurría cuando Braulio, al que había suprimido el don, llegaba algo más tarde—no le faltaba en qué entretenerse. "Ponía" el gramófono, jugaba con los canarios, bordaba junto al balcón o empezaba la lectura de alguno de aquellos libros que él quería que leyese. Unos libros en que las

personas eran como los ángeles, y que, a pesar de todos sus méritos, la obligaban a bostezar. A lo mejor, con uno de ellos en el regazo, se quedaba dormida: soñaba que "era buena" y que iba a casarse; o que estaba todavía en el "instituto" de madame Brillant o en casa de la Presenta... En estos dos casos se despertaba en seguida, frotándose los ojos y recuperando su realidad dichosa como un objeto de entre las uñas del ladrón. "¡Ah! —exclamaba—, aquello no existe. Estoy aquí, aquí..." Y se asomaba al balcón para ver llegar el automóvil de Braulio y maravillarse de la agilidad con que saltaba de él. Por su gusto le habría hecho señas, le habría saludado con holas estrepitosos. Pero no era posible. Entonces, detrás de la puerta, los ojos contra la mirilla, espiaba al ascensor, que "se lo traía" lentamente. Sentía ganas de salir al rellano y tirar de los cables. Aquel último minuto de espera resultaba el peor. O el mejor. ¡Porque no había gozo como el de abrazarle y recibir su beso... en la frente



y oír sus primeras frases: "Hija mía, niña, ¿cómo sigues? ¿Qué tal?"

Alrededor de las nueve aparecía el mozo del restorán. Ella le ayudaba a colocar los platos en el trinchante, y Braulio encendía el infiernillo de alcohol para recalentar el asado. El mozo descorchaba las botellas y... desaparecía. Entonces comenzaba la hora más feliz de la Feli y de don Braulio: la hora íntima e inocente en que daban contento simultáneo al estómago y al corazón. Comían alegremente, interrumpiéndose él para servirla y hacerle preguntas, y ella para responderle y preguntar a su vez. Esto hacía que la cena se prolongara, que la salsa del pollo se consumiera y la *bomba glacée* estallase en un líquido dulzón al caer en los platos. Reían. El caso era charlar. Vivían, sobre todo, de aquellas palabras. La cena era el pretexto o la envoltura de las mismas. Cada una de aquellas cenas tenía, salvadas con unción las distancias, algo de eucarístico. Algo, solamente. El casto amor de don Braulio por la



Feli y el agradecimiento de la Feli, tan dulce y profundo que era como una forma mística del amor, las enaltecían, les daban un toque de santidad.

Al concluir pasaban del comedorcito (al gusto español de los bazares: muebles negros y cerámica de Talavera y de Manises) al "salón oriental", que era un saloncito con gamuzas maqueadas, un vargueño de traza árabe, un gran diván turco, de la Turquía de la calle de Atocha, y cierta profusión, abigarrada y simpática, de almohadones rojos, azules, verdes y en *batik* y de telas Tutankamen. La gran pantalla de la lámpara de pie, de un amarillo limón con joyante velo carmesí, era la cúpula portátil de aquel pequeño templo de Afrodita, puesto entonces bajo la égida de la grave Atenea. Porque si—la combinación de espejos concluía de disipar las dudas—la actricita dueña del cuarto había representado allí sus mejores papeles o, por lo menos, los mejor pagados, la Feli y su redentor no decían ni ejecutaban en el mismo

nada que no girase en el círculo de la moral más evangélica.

En aquel saloncito era donde el señor de Valdetorres y Lanuza cumplía los menesteres más altos de su labor misericordiosa. Allí era donde hablaba con la Feli de lo divino y de lo humano, educándola por medio de diálogos y de apólogos, pues no andaba mal de fantasía ni de cultura, recordando lo que era digno de ser recordado—como los cándidos amores de su adolescencia—y suprimiendo de raíz el mundo abyecto de donde, como a perla del fango, la había extraído manchada, pero indemne. ¡Qué bien lucía en su nuevo estuche, tras el primer baño espiritual! No se mentaba en aquellas conversaciones el pasado inmediato; no se aludía a cosa alguna que pudiera avergonzarlos o entristecerlos. Presente y futuro, nada más.

El presente—el presente encerrado, captado en aquellas horas que pasaban juntos—era suavísimo: tenía esa dulzura en que se borran las fronteras del tiempo, en que la

fruición del vivir es tan profunda y absoluta que no admite ni "antes" ni "después". Instantes únicos y herméticos, de ellos solos y para ellos solos, que consumían sin voracidad, saboreándolos.

El solía sentarse en un sillón; ella, en la cama turca, con los codos en las rodillas y la cara en las manos. El no necesitaba moverse para hablar. Ella, sí. Si a cualquiera de las frases de don Braulio correspondía una réplica suya o una explicación, la Feli cambiaba su actitud, inmóvil y atenta, por otra más movida o, levantándose, acompañaba con movimientos y ademanes múltiples sus contestaciones y sus relatos. Porque se lo contaba todo... Todo lo que ocurría desde el beso de cada noche al beso de cada tarde. Decíale, por ejemplo:

—Cuando se fué usted no eran más que las dos... Tempranísimo... Antes de anoche conseguí que se quedase más tiempo: hasta las dos y media... Anoche fuí y me acosté en seguida, con el libro que usted me trajo.

Curiosísimo, pero no lo entiendo. Tráigamelos usted con monos, con estampas. Bueno: a mí me gusta más lo que usted me dice. ¡Cuidado que sabe! ¿Dónde aprendió tanto? ¡Hay que ver! ¿Y cómo no se ríe de mí, que no sé nada? Me quedé dormida en el primer capítulo. El libro se cayó a la alfombra. Por poco lo pisa la señora Rafa al entrar con el desayuno. ¡No me riña usted, pero me da una tristeza verme sola frente a la bandeja del chocolate! ¿Por qué un día no lo viene a tomar conmigo? Vea usted lo que son las cosas: sólo me da tristeza al despertar, porque, como una tonta, se me figura que usted no se ha ido, que está usted aquí, que vivimos juntos, que es usted mi padre, un padre demasiado joven, o mi... Bueno, no me riña, no lo diré... Mi padre yo bien querría que lo fuese, pero no me salga con que un hombre como usted no podría casarse, o... Bueno, casarse, casarse y retecasarse con una muchacha como yo... Eso de la edad es un timo. Usted es joven. ¿Dónde están las arrugas,

vamos a ver? Ya querrían muchos de treinta. Ya lo creo.

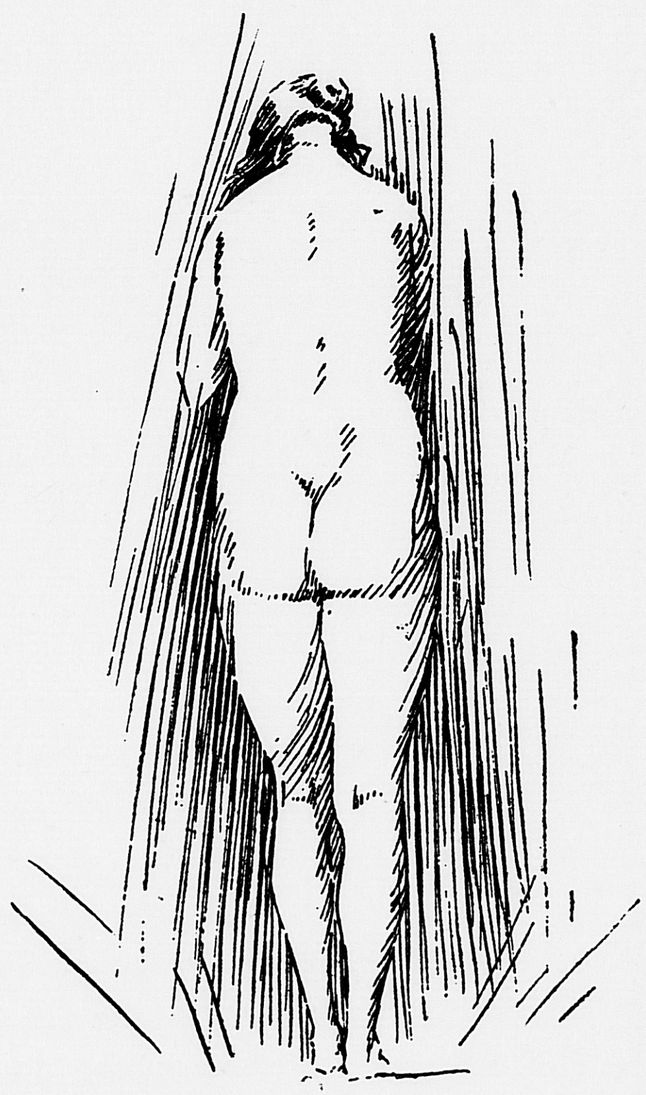
El la interrumpía, sonriente, encantado de su volubilidad.

—¿Y tu tristeza?

—Se me pasa. ¡Qué remedio! ¡La ducha me pone más alegre! Si me viera usted dar saltos y hacer: "¡Ah, ah, ah!..." Después me peino. Como no quiere usted que tome peinadora, paso cada apuro... Yo tengo un pelo larguísimo, como el de mi madre, y por eso no me lo he querido cortar. Pero va a ser cosa... ¿Quiere usted que me lo corte?

—Prefiero que suba una peinadora. Yo te la buscaré...

—¡Mucho! Se da usted una maña para buscar lo que necesito... A propósito: volvió la modista para la prueba. Los tres trajes resultan preciosos, pero yo me digo: "¡Qué lástima!" Porque ¿cuándo voy a ponérmelos? Además, a mí sólo me gustaría ponérmelos para usted; que usted me dijese: "Feli, hija, qué bien te caen."



—Te lo diré.

—El verde, en crespón de China, es una divinidad. El *beige,* otra divinidad. Y el negro...

—Otra divinidad.

—El más divinidad de todos. Me hace más delgada y más blanca... Aquí mismo me lo pondré para que usted me vea.

La Feli, vestida con un kimono color fresa, se miraba al espejo gravemente, como si llevara aquel vestido negro "que la hacía más delgada y más blanca", dándole una majestad de señora, de señora honesta que va al teatro con su marido... Con su marido, que es aquel señor que está ahí contemplándola, y que ella ve a medias en el espejo. La Feli sonríe excitada. Y es Castora... Castora con un vestido negro que permite admirar sus brazos y su escote, de una piel tersa y cándida, que él acariciará al volver del teatro y ayudarla a desnudarse.

Ríe la Feli. Y la visión se va.

El diálogo se reanuda apacible. Hasta que,

por el balcón abierto, con la persiana tendida, entra el aire de la noche de mayo declinante.

—Debe de ser tardísimo—murmura el caballero.

Ella, de pronto taciturna, responde con un gesto:

—No lo sé.

—Las dos, o las dos y media—afirma don Braulio levantándose.

La despedida es lenta. Ella la dilata con pretextos fútiles. Algunas noches, cuando no suben vecinos por la escalera, la Feli lo acompaña hasta abajo. La bujía tiembla a cada escalón. Las sombras se parten en los ángulos, se funden en los rellanos, se alargan por el suelo y las paredes del portal. Don Braulio saca el llavín. Ella da un suspiro y deja que la bese en la frente. Un portazo. Una punzada en el corazón... Luego otra vez la escalera. Y una sombra sola que se parte en los ángulos, que se extiende por los rellanos o se queda de pronto inmóvil, como la de una estatua.



IX

Para aquel paseo nocturno—el primero—la Feli se puso el vestido *beige,* en crespón marroquí, con una capa o, más bien, esclavina de la misma tela, que se abrochaba sobre los hombros. Calzóse unos zapatitos de gamuza y completó su atavío con un sombrero de tul, alicorto y ondulado. Le sentaba deliciosamente. Se pintó apenas: un poquitín de *koheul* en los ojos, una chispa de colorete en las mejillas y "lo justo" de carmín en los labios. No necesitaba más. Veinte días de encierro y de sosiego—de vida púdica y venturosa—habían borrado de su piel aquella blacura mate, como de yeso, de la "otra vida", que la obligaba a un *maquillage* violento para gustar... Ahora tenía cara de persona decente. Si Braulio hubiese podido llevarla del brazo por la calle de Alcalá entre el Casino y Fornos, nadie—a no ser los Sangüesos y Ladradas, que la conocían—la hubiese tomado por lo que era, por lo que había sido, por... Vamos, habrían supuesto que era la hija o la esposa de aquel señor.

Don Braulio, al verla en el saloncito, no supo reprimir su asombro.

—Estás muy bien. ¡Es increíble! Estás monísima y, al mismo tiempo, seria, señoril, respetable... Entendámonos: quiero decir que impones respeto; que con ese vestido color arena, que te cae a las mil maravillas, nadie...

—¿Me echaría un piropo?

—Sí, pero de los floridos y caballerescos; no de los que ofenden la dignidad... Vamos.

El automóvil, el propio, pues el señor de Valdetorres había concluído por "explicarse" con su *chauffeur,* los esperaba. Dieron un paseo hasta El Pardo y regresaron sin salir del coche, silenciosos y alegres, con alegría recatada y profunda del corazón. La brisa de la noche de junio y la segur de plata de la luna fueron los encantos del paseo: los encantos exteriores. Porque hubo otros ín-

timos. O sin duda los de afuera formaron los de dentro. O quizá lo contrario... Ello es que la brisa de la noche de junio irrumpía en el coche, por las dos ventanillas, con violencia: era un pequeño ciclón que amenaza el sombrero de la Feli y arrancaba de su cuerpo y sus ropas unos perfumes naturales y artificiales, que don Braulio aspiraba fundidos con los de la noche. Y era como si Feli misma fuera la noche, noche de noviluno, noche fragante: un jardín en tinieblas y lechos de rosas en el jardín. Don Braulio contempló la luna.

—Es una hoz para segar estrellas.

La Feli la siguió entre los árboles, la contempló a cielo abierto y dijo que le parecía una uña más bien.

—Sí, una uña que empieza a hacer un agujerito en el telón, para que veamos la gloria.

Don Braulio iba a decir: "La gloria eres tú." Pero no lo dijo. Habría sido una pequeña blasfemia y una inexactitud. Era que, al pronunciar aquella frase ,la voz de la

Feli había sido como la de Castora. Más de una vez la madre le había dicho: "Vamos al balcón a mirar la luna." Y habían mirado la luna insinuante y la creciente, y la henchida y la menguante. Y habían dicho... No lo recordaba... Pero Castora volvía a lucir en su corazón como la luna en el firmamento. Don Braulio luchaba contra esta idea. Feli no era Castora. Castora no era Feli. Nada de transmigraciones, ni aun de madre a hija. Había que sacudir aquella idea lunática, precisamente; aquella idea tentadora que le rondaba e iba poniendo en su espíritu poco a poco otra luz: una luz que cambiaba el color y el sentido de todas las cosas y ocultaba con sus reflejos el caminito angosto del deber. Pensó don Braulio que la luna tenía cuernos, como el diablo. "Cuernos a Occidente, luna creciente." La llamó celestina y embaucadora. Y al volver a la casa se asomó con la Feli al balcón para mirarla.

Aquella noche, al poner don Braulio el pie en su automóvil, no era ya de noche... Co-

menzaba a despuntar el día. Tuvo que despertar al *chauffeur,* que se había refugiado dentro. Eran... las cinco. La charla con la Feli había durado hasta las cinco. Antes, mucho antes, él había querido marcharse, y ella le había abrazado diciéndole: "No te vayas, no te vayas aún." Aquel tuteo había vertido miel en su sangre. Se quedó. Le tuvo que desabrochar la esclavina y sus manos rozaron sin querer la nuca y un hombro de la Feli: un hombro que se escapaba del escote blanco y lleno, incitante. Cerró los ojos. La había visto "toda", como la primera noche... Pero nada más. Al abrir de nuevo los ojos tenía delante, recto y luminoso, el caminito de la virtud.

La Feli tardó aquella noche en dormirse. Pensaba en él. A su modo, que consistía en figurarse realizados sus deseos. Ella quería que Braulio fuera suyo. O ser ella de Braulio. Más bien esto: ser ella de él, no de ningún otro hombre, aunque fuese un marido, sino de él, de él... Y no por agradecimiento.

La generosidad y delicadeza de Braulio la enternecían y la maravillaban. Había sido estrujada, explotada y abandonada por los hombres. No había querido a ninguno. No había tenido tiempo ni ocasión de quererlos. No le habían dado ni pedido amor. Había sentido por algunos menos rencor y asco que por otros, y quizá en cualquiera de sus noches de cortesana trashumante sintió pasar por su lado al que habría podido querer. ¿Quién era? ¡Qué más daba! Era éste, éste, que ya había querido a su madre; éste, que se creía viejo y ella encontraba joven y guapo y... limpio. ¡Ah, sí! Tan limpio, que a su lado, mirándole y oyéndole, era como si sus ojos y su voz le arrancasen la roña del alma, más que la del cuerpo. Un prodigio. Porque no sólo se creía buena y "decente" a su lado, sino que imaginaba no haber sido nunca "mala", no haber sido nunca la Feli, sino otra, la otra, la que él había adorado y estaba queriendo en ella misma otra vez. Ilusión, locura... Bueno, pues parecía verdad. Tanto, que

cada noche, al acostarse, como cada mañana al abrir los ojos, se sorprendía de encontrarse sola. Y aunque recordase en seguida la realidad, la sorpresa tardaba en disminuir, en extinguirse... Luego volvía a su resignación dichosa. Pues "aun así—precisaba—, soy la criatura más feliz de la tierra. Yo haré lo que él me mande, menos ser de otro, ni aun con las bendiciones del obispo y del Papa".

Tampoco don Braulio durmió bien aquella noche. Pero la facilidad con que había vencido la tentación infundíale la esperanza de que nunca, entre la Feli y él, ocurriría nada pecaminoso, nada que enturbiase el carácter púdico y caritativo de sus relaciones con ella. "No faltaría más—decíase—, sino que los sofismas de la vil materia viniesen a convertirme en un viejo verde y en un padre incestuoso... Sí, debo repetir esta expresión, aunque me parezca absurda; porque, en realidad, Feli no es mi hija, y la Naturaleza no se opondría a que nos amásemos, porque entra en el orden racional de las cosas que una

mujer como ella y un hombre como yo puedan quererse... Debo repetir esa expresión hiperbólica, porque mi caballerosidad, mis creencias y mis sentimientos me dicen: "La Feli es... como si fuera tu hija. Tú no puedes ser ni debes ser más que padre, padre y padre de esa muchacha. Haciéndola penetrar en el camino recto, realizas una obra grata a los ojos del Altísimo y rindes tributo a la memoria de su madre, que fué una mártir y pudo, no lo olvides, ser tu compañera, tu esposa... Todo lo demás son emboscadas del diablo, ardides de la carne para hacerte caer. ¿Qué es eso de sentirte joven en su presencia? ¿Qué es lo de figurarte que no es Feli, sino Castora, y que estáis unidos por no sé qué misteriosa ley natural? Todo eso es concupiscencia hipócrita. Todo eso haría de ti un fariseo, un sepulcro blanqueado, un Ladrada o algo todavía peor; que Ladrada, al fin, es soltero... Date prisa en solucionar el problema... ¿Cómo?"

Y el señor de Valdetorres volvía a ofus-

carse y a divagar. ¿Dónde habría un marido para la Feli? Y si no se encontraba, ¿iba él a decirle que se fuera a un convento? "¡Ah —terminaba—, en buena me he metido, en buena! Casi estoy deseando que regrese Matilde. Quizá lo mejor sea que solucionemos la cosa entre los dos, asesorados por el padre Vélez." Entonces sí que mentía el caballero. El no deseaba que regresase a Madrid doña Matilde. Las cartas suyas abríalas temblando, temeroso de leer unas líneas que dijesen: "Mamá está mejor; el Señor no se sirve llamarla todavía a su seno, y nosotras (por ella y su hija) regresaremos en tal fecha." Y cualquier telegrama que le trajeran a su alcoba o a su despacho producíale el mismo temor angustioso: "Nada, que mi suegra ha muerto y tengo que irla a enterrar."

Había pasado mayo, comenzaba junio, y doña Matilde decía siempre lo mismo: "Mamá, igual." No, realmente, don Braulio no quería que regresase. Entre cada dos cartas

se olvidaba de ella. O más bien, la relegaba a último término en las perspectivas de su corazón.

X

Feli lo llamó a la alcoba para que la viera con el vestido verde: de un verde claro, en "satín". Ceñíale el torso, desparramábase por la falda y era como si el vestido fuera un tallo y la Feli una flor. Una rosa. Aquella noche, quizá porque lo exigiera el tono del vestido, la Feli se había pintado mucho: se había pintado como una gran cupletista, como una actriz—no como una cocota—; se había pintado bien. Y estaba... deslumbrante. Estaba, como él no la había visto nunca, en uno de esos momentos en que ocultas razones fisiológicas y sentimentales coinciden para realzar, para exaltar la belleza de las mujeres que son hermosas, y hasta para poner un toque de gracia en el semblante de las feas. Linda en toda ocasión, la Feli, aquella

noche, estaba, como dicen las francesas, *en beauté*. Don Braulio, entre el mobiliario de la alcoba, de un verde acuoso y bruñido, como la piel de ciertos anfibios, la veía una vez en sí misma, corporal y palpable, y tres veces, artificial e inaccesible, en el espejo de tres lunas donde se miraba haciéndose ese retrato con retoque, ese retrato estilizadísimo que son las mujeres elegantes al salir del *boudoir*.

Don Braulio contemplaba las cuatro imágenes de la Feli con voluptuoso deliquio. Bajo las finísimas cejas y sobre los pómulos, suavemente redondos y enrojecidos por el carmín, fosforecían los ojos. La nariz, recta y breve, hacía más grande y más sensual la boca, cuyos labios estaban abiertos y como pasmados por una sonrisa de satisfacción ingenua: sonrisa reveladora e incitante. Don Braulio veía los dientes magníficos en su estuche natural. El color de fresa de las encías sanas era acaso más dulce que el de los labios; no estaba pintado: era así... No tenía

mangas el vestido: los hombros, ocultos por la tela; pero los brazos, de una blancura mate y láctea, libres en su desnudez armoniosa. Al levantarlos descubríase la fosa de la axila, con su maleza áurea. Don Braulio sentía un gran calor en el pecho, un desasosiego en todo su ser. Pero no se iba. No podía irse. La alcoba verde, el vestido verde, lo tenían fascinado. La Feli se volvió:

—¿Te gusto?

—¡Estás... admirable!

Ella se acercó:

—Fíjate. El cuerpo ajustado, muy ajustado... Mucho más de lo que se lleva... Yo lo he pedido así...

Bajo la seda joyante, adherida al torso como una piel, los senos túrgidos se acusaban, tensos.

—¿Te gusto?—insistió la Feli.

Y como don Braulio insinuara un ademán viril, de hombre que sucumbe al deseo, ella, felinamente, se colgó de él, se incrustó a él, besándole en los ojos, en las mejillas y en la



boca; mordiéndole casi y abrasándole la faz con su aliento. Sus frases, entrecortadas y audaces, le complacían y le ofendían. Respondió a sus besos con furor, con pudor. El ideal y el instinto le daban una personalidad doble, cambiante, fulgurante.

Habían rodado sobre el lecho. Ella, victoriosa; él, lívido y tremante. De pronto, tras una mirada indefinible, don Braulio rompió el abrazo brutalmente. Quedóse la Feli asustada y despechada, mientras él corría al saloncito y se dejaba caer en un sillón. Unos minutos tardó la Feli en reponerse. Y como al levantarse y comenzar a poner orden en el vestido le pareciera oír sollozos, llegó en puntillas hasta don Braulio. Con la cara entre las manos, sollozaba. Se arrojó a sus pies.

—Feli—balbuceó el caballero—, nos volvimos locos. Ni tú eras tú, porque me pareciste la de... aquella casa, y no lo eres... Ni yo era yo... ¡Qué pena y qué vergüenza, hija mía! Perdóname y prométeme...

Ella perdonó y prometió. Sobre la alfom-



bra, arrugado y lacio, el vestido parecía una planta desgajada por el vendaval. La Feli lo miró. Sus lágrimas caían sobre la seda como goterones de agua.

XI

—¿Qué tal?

—Monísima. No... Preciosa. Tampoco. Espera. No sé...

La Feli esperó, inmóvil. Estrenaba aquella noche el vestido negro y, temerosa, a pocos pasos de la puerta del gabinete, había hecho la pregunta: "¿Qué tal?". Era un vestido en *charmeuse,* poco escotado y sin mangas, como el verde. ¡Ah, lo único en que se parecía al verde! El cuerpo flojo, ahuecado donde los modistos ponen ahora el talle de las mujeres. La falda, con volantes y entredoses. Lo lucía la Feli con esa majestad fácil de las mujeres jóvenes, seguras de "su línea". Era un vestido gracioso y noble. Don Braulio pa-

recía aprobarlo y admirarlo. La Feli atrevíase apenas a levantar los ojos para seguir el rumbo de su mirada; pero comprendía por la actitud, el silencio y hasta la respiración de don Braulio que "iba a obtener un éxito". No había querido pintarse "para agradarle más". Estaba pálida y sonreía, triste, sin saber por qué.

Al fin, en una voz muy suave, el caballero pronunció estas palabras:

—Feli, estás divina.

—¿Divina?

—Sí... Has bajado de la gloria. Eres...

Se detuvo. Sentía miedo; un miedo dulce, en el que había placer. Nunca había encontrado a la Feli tan parecida a Castora. El vestido negro la purificaba. Los brazos, de una blancura eucarística, eran—o así los veía el caballero—los de una virgen pudorosa y hermosa... ¡Oh, sí, hermosa! Pero esta hermosura no era la fascinante y diabólica de la noche del vestido verde. Era una hermosura

célica, mirífica: era Castora reencarnada en Feli por arte mágica de Dios.

—¿Vamos?—preguntó ella con acento tímido.

—Sí—murmuró él.

La Feli se puso una capa de la misma tela del vestido. Iban a dar un paseo por Madrid. La Feli deseaba ver "las calles, las gentes, los tranvías y los coches desde su rinconcito del automóvil". "De cerca, no—explicaba—; de cerca, sólo tú. Lo demás me asusta. Es demasiado feo, o me recuerda... cosas."

El *auto* les condujo por Ferraz, la plaza de Oriente y la calle del Arenal a la Puerta del Sol, iluminada y más grande que de costumbre; eran las once. La Puerta del Sol se dilataba en un suspiro de descanso. La gente estaba en los teatros y los cafés.

El *auto* pasó rápido por la calle de Alcalá: del Casino a Fornos, el falso París... Del otro lado, cafés más nacionales. Muchos hombres. Muy pocas mujeres. La calma gris de la acera de Calatravas. Los arco iris del

pórtico de Apolo. La Cibeles. El Palacio de Comunicaciones, de un blanco crudo, hiriente. Recoletos... No había demasiados coches. Los árboles se diluían en el cielo. La Luna había acabado de abrir su hoyo redondo, y la luz del Paraíso se derramaba sobre la tierra.

Don Braulio no podía hablar. Su ilusión teníale enajenado.

—Te quiero. Eres mío, soy tuya... Todo pasó para que tú me encontrases, para que yo volviese... Anduve lejos de ti, sufriendo, no sé dónde... ¿Qué importa?

Era la voz de Castora. Era... Feli, que había reclinado la cabeza sobre un hombro del caballero y le decía su amor.

—Te quiero desde que nací... No quise nunca a nadie. Hasta ahora no supe lo que era amor...

Música y perfume eran aquellas palabras. Y sabor, sabor glorioso y delicioso. Las palabras se interrumpían con los besos.



—Yo tampoco, yo tampoco he querido a nadie más que a ti.

Aquella noche, don Braulio despidió su automóvil.

—Ven mañana a las nueve—le ordenó al *chauffeur*.

Y así fué don Braulio el amante de la Feli. Y él y ella conocieron la Felicidad.

Alberto Insúa



FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

EN NUESTRO NÚMERO

PRÓXIMO PUBLICAREMOS

Un "consentido"

POR

JUAN FERRAGUT

ILUSTRACIONES DE

IZQUIERDO DURAN

300

SUCE.ª DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.